

LA PERLA DEL HOGAR



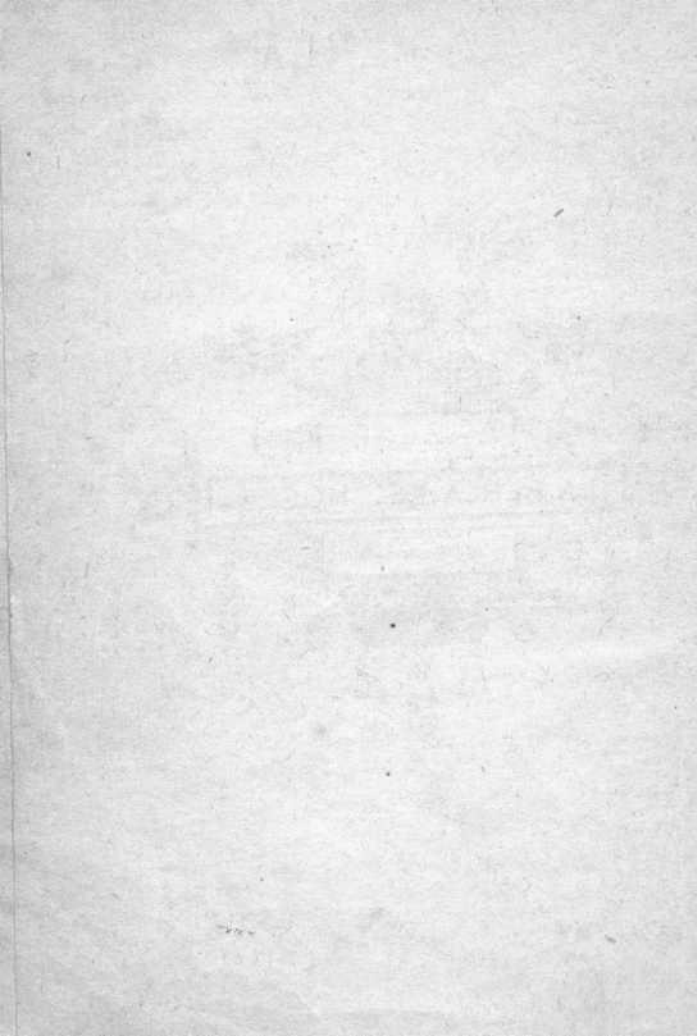
S. CALLEJA,
MADRID.



DG
A.



+161768
C.120523



LA PERLA DEL HOGAR

[PRINCIPIOS DE LECTURA PARA NIÑOS]

PUBLICADOS POR

S. CALLEJA FERNANDEZ

*Obra de texto aprobada por la Autoridad eclesiástica y por
el Consejo de Instrucción Pública.*

— (EDICIÓN C) —



MADRID
SATURNINO CALLEJA

Calle de Valencia, núm. 28.

México. — Herrero Hermanos.

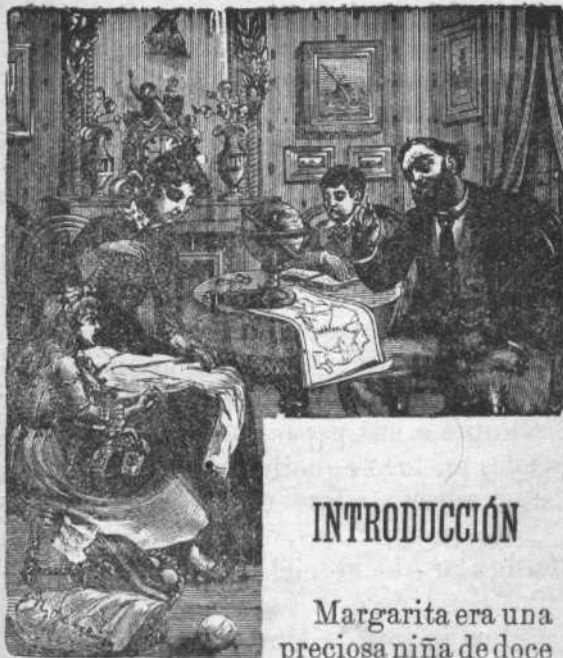
1902

Esta obra es propiedad. Queda
hecho el depósito que marcan las
leyes, y se perseguirá al que la
reimprima.

E. Tenorio.



R.126596



INTRODUCCIÓN

Margarita era una preciosa niña de doce años de edad, cabellos rubios como el oro, ojos azules y serenos, voz dulce y figura elegante y bella, que atraía poderosamente la atención de cuantas personas la miraban.

Ciertamente era muy linda esta niña; pero la hermosura de sus facciones hu-

biera servido de muy poco si no la igualase la hermosura de su alma.

La mejor de las bellezas es la bondad, y Margarita, gracias á los consejos de su cariñoso padre y al ejemplo de su mamá, podía pasar como un dechado de excelentes cualidades morales.

Sabía muy bien que Dios lee en el fondo de las almas; que ninguno de nuestros pensamientos puede ocultársele; que no basta parecer buena, sino que es necesario serlo, y procuraba complacer siempre á sus papás, no sólo obedeciéndoles en todo aquello que le mandaban, sino anticipándose muchas veces á sus deseos, que sabía adivinar por ese don singular que el cielo concede á los niños bondadosos.

Los padres de Margarita, satisfechos y felices al observar los excelentes resultados que sus enseñanzas y preceptos habían producido en el corazón de su hija, amábanla con verdadero delirio y no sabían cómo agradecer á Dios el presente que les había hecho con tan angelical criatura.

Tenía Margarita un hermano de once años, llamado Antonio, muy aplicado y respetuoso con sus papás, pero con el defecto de ser un poco travieso. Gustábasele divertirse algo más de lo regular, y en varias ocasiones había vuelto á su casa con la frente señalada por alguna caída, en el arriesgado juego del paso ó en otros semejantes.

Sus papás le habían reprendido con este motivo; pues si es bueno que los niños se diviertan un rato cuando hayan estudiado sus lecciones y llenado los deberes del día, no lo es que se expongan á perder la salud, y aun la vida, con juegos violentos y peligrosos.

Aparte de esto Antonio era un niño excelente; respetaba y amaba mucho á su papá y á su mamá, sentía verdadera adoración por su hermana Margarita, oía con mucha atención las advertencias y consejos que le daba esta encantadora



niña cuando él cometía alguna falta, y en no pocas ocasiones se dejaba guiar y dirigir por ella. Antoñito, después de haber concurrido con asiduidad, por espacio de cinco años, á la escuela de primera enseñanza, se había examinado con brillantez para el ingreso en la segunda, y actualmente estudiaba Latín y Geografía en el Instituto.

D. Miguel y doña Matilde, padres de Margarita y de Antoñito, constituían un matrimonio verdaderamente feliz.

D. Miguel era un laborioso empleado, muy querido de todos sus jefes por su constante puntualidad, su perfecto conocimiento de los asuntos de la oficina y su infatigable actividad, bien acreditada en los muchos años que llevaba de buenos servicios.

Ganaba en la actualidad doce mil reales anuales, y con este sueldo llenaba perfectamente las atenciones de su familia, gracias á la inmejorable administración y al buen arreglo de su buena esposa doña Matilde, que podía pasar como perfecto modelo de ese tipo, sublime en su

modesta sencillez, que se llama *la mujer de su casa*.

Era D. Miguel un hombre de carácter dulce y afable, servicial y atento, no sólo con sus superiores, sino con todos sus amigos.

Antes de contraer matrimonio había seguido una carrera, que no pudo terminar á consecuencia de la muerte de su padre. Había ganado entonces, por rigurosa oposición, un modesto empleo, y con él mantuvo á su anciana madre hasta que esta virtuosa señora bajó al sepulcro, colmando de bendiciones á su hijo.

Más tarde contrajo matrimonio con doña Matilde, joven de modesta posición y regular belleza, pero modelo de laboriosidad y virtud, que le había hecho y le hacía tan feliz como puede serlo un hombre en la tierra.

No es la felicidad esa violenta serie de emociones que trastornan los sentidos y fatigan el alma, y que algunos ilusos buscan en los vanos placeres del mundo: la felicidad se encuentra sólo en la tranquilidad de la conciencia, en el trabajo

constante, en el cumplimiento del deber y en los purísimos goces de la familia. Por esto D. Miguel se creía verdaderamente feliz.

También se sentía feliz doña Matilde al ver que su esposo sabía apreciar y agradecer los esfuerzos que hacía para dirigir perfectamente los quehaceres domésticos, y al observar los excelentes resultados que en sus hijos producían sus enseñanzas.

No sólo cubría perfectamente doña Matilde las atenciones de su casa con el modesto sueldo de su esposo; no sólo lograba que su familia viviese decorosamente, sino que de vez en cuando embellecía la habitación con algún nuevo mueble, y era raro el mes en que no depositaba en el fondo del baúl alguna modesta cantidad, ahorrada sin imponer privación alguna á su esposo ni á sus hijos, porque la economía y el buen orden producen verdaderos milagros. En más de una ocasión, y en esos momentos de apuro por que atraviesan á veces todas las familias, había obtenido D. Miguel

gratisimas sorpresas de este género, evitándose así recurrir á la usura para cubrir algún compromiso inesperado.

Tal era esta apreciable familia: feliz en medio de la sencillez de su vida, y estimada por todo el mundo.

Doña Matilde, deseosa de que sus hijos fuesen, ante todo y sobre todo, buenos y honrados, procuraba guiarles por la senda de la virtud; y por su parte D. Miguel, que había tenido siempre gran afición al estudio,



no dejaba de aprovechar cuantas ocasiones se presentaban para instruirles con ejemplos sencillos y prácticos acerca de los fenómenos de la naturaleza, inexplicables para casi todos los niños y ¡tristes decirlo! para muchos hombres.

Estaba persuadido D. Miguel de que la verdad es el complemento del bien, y de que la ciencia es la hermana de la virtud, así en la mujer como en el hom-

bre; y libre de esa funesta preocupación que condena á la ignorancia á la más bella mitad del género humano, repartía por igual sus enseñanzas entre Antonio y Margarita.

De este modo consiguió aprender esta hermosa niña muchas cosas útiles, que más tarde la sirvieron de mucho, evitándola caer en esos errores en que por ignorancia incurren tantas veces las mujeres, y que van siendo ya indisculpables en nuestros tiempos.





Capítulo I

En una apacible tarde de la primavera, de esa hermosa estación en que todo revela animación y vida; en que el grato perfume de las flores embalsama el ambiente; en que los trinos de los pintados pajarillos resuenan en nuestros oídos como mágico concierto de alabanzas al Creador, y en que el límpido

azul del cielo alegra la vista y serena el alma, paseaban por el lindo paseo del Prado de Madrid D. Miguel y doña Matilde, en compañía de Margarita y Antonio, que marchaban delante de ellos á corta distancia.

Don Miguel, hombre amantísimo de su familia, no gustaba de pasar en el café, como tantos otros, las horas que podía consagrar á su esposa y á sus hijos, y era raro el día festivo que no salía con ellos á disfrutar el aire libre del campo. Estos paseos, á más de servir de recreo á los niños, no eran perdidos para el desarrollo intelectual de éstos, pues todos los objetos que llamaban su atención les servían de base para otras tantas preguntas, á que su papá daba contestación inmediata.

Antes de dirigirse al Prado había paseado largo rato la familia por el Retiro, donde los niños se divirtieron mucho contemplando las barcas que surcaban el estanque grande, y echando pedacitos de pan á los peces y á los patos.

—Papá, dijo de pronto Margarita:

acabo de preguntar á Antoñito que para qué sirven los árboles, y me ha respondido que únicamente de adorno.

— Los árboles, hija mía, contestó don Miguel, no sólo son el más bello de los ornamentos de los paseos y jardines, sino que reúnen la utilidad á la hermosura, hasta tal punto que sin ellos sería poco menos que imposible la vida del hombre. Muchos producen sabrosos frutos; otros dan excelentes maderas con que se construyen la mayor parte de los muebles, infinidad de objetos útiles y la armazón de los edificios y de los buques: otros proporcionan materias textiles, como el lino, el algodón y el abacá, y todos contribuyen poderosamente á purificar el aire, dotándole de la conveniente humedad y absorbiendo los gases nocivos que



exhalan constantemente las personas y los animales, como resultado de la respiración. Los árboles, y en general todas las plantas, se apoderan del ácido carbónico que exhalamos, y cuya aspiración nos envenenaría, y desprenden en cambio oxígeno, que es el elemento respirable del aire.

—Ahora comprendo perfectamente, papá, dijo Margarita, que los árboles sean más que un adorno, y me explico por qué los hay en todas partes.

—Desgraciadamente, hija mía, no todos conocen la importancia del arbolado ni su influencia en la salud pública, y este error es causa de que en varias comarcas se hayan realizado, durante muchos años, quemas y talas que han convertido en llanuras secas y tristes lo que antes eran verjeles. De este modo han ganado los labradores algunas tierras para el cultivo, pero en cambio han visto sus campos abrasados por el sol y han sufrido lluvias torrenciales é inundaciones espantosas, que han destruído las cosechas causado gravísimos daños. Los árboles

son á la vez depósitos y manantiales de humedad, y sirven en cierto modo de reguladores de las tempestades, haciéndolas más frecuentes y menos violentas.

Los niños seguían con gran atención las explicaciones de su papá, y éste las hubiera continuado muy gustoso; pero en aquel momento se acercaron dos amigos de Antonio, compañeros suyos de clase, y después de saludar á la familia, trabaron conversación con su condiscípulo, á quien propusieron que fuese á jugar un rato en su compañía. Pidió Antonio permiso á sus papás, y éstos se le otorgaron á condición de que no se alejase mucho; después de lo cual tomaron asiento en un banco para que el niño pudiera encontrarlos fácilmente.

Margarita, más formal que su hermano, tomó asiento junto á sus padres, y parecía muy contenta en su compañía; pero D. Miguel, que comprendía perfectamente que á la edad de la niña el recreo es una verdadera necesidad, la animó para que se uniera á otras muchachas que enfrente de ellos se distraían.



Margarita participó de sus inocentes diversiones.

jugando al corro. Hízolo así Margarita, sin poder disimular su satisfacción, y admitida desde luego en el grupo de sus improvisadas amiguitas, participó de sus inocentes diversiones, captándose las simpatías de todas las niñas, así por su modestia como por la escogida educación que sus acciones y palabras revelaban.

Haría poco más de media hora que Margarita jugaba con sus compañeras, cuando el cielo, hasta entonces transparente, empezó á cubrirse de densas nubes, empujadas por un viento leve al principio, y que llegó bien pronto á ser impetuoso. Separáronse las niñas, despidiéndose cariñosamente, y volvieron á incorporarse á sus respectivas familias.



Margarita corrió al lado de sus papás, y éstos, viendo que la tormenta se desencadenase, se

levantaron para retirarse á sitio seguro. Faltaba, sin embargo, Antoñito, que se había alejado mucho con sus amigos, y á quien no se veía por ninguna parte.

Temiendo D. Miguel que la tormenta le sorprendiera en aquel sitio con su familia, llamó repetidas veces á Antonio, aunque inútilmente, porque no parecía.



Mientras tanto el cielo se oscurecía cada vez más; el viento, que parecía soplará la vez desde varios puntos, empezaba á levantar remolinos de polvo que cegaban la vista: fulguró un relámpago; un espantoso trueno, que parecía venir de las últimas profundidades del espacio, sobrecogió á doña Matilde y á Margarita, que se persignaron llenas de terror, y algunas gotas de agua empezaron á humedecer el suelo.

La contrariedad de D. Miguel era

grande, porque ni podían alejarse de aquel sitio sin que Antoñito se extraviase, ni podían permanecer allí, so pena de sufrir los rigores de la tormenta. Doña Matilde y Margarita estaban sobresaltadas, más por la tardanza inexplicable del niño que por la tempestad; y ya estaba D. Miguel resuelto á hacerlas tomar un coche que las condujese á su casa, mientras él seguía buscando á Antonio, cuando éste apareció corriendo precipitadamente, como quien huye, y antes de dirigirles un sola palabra, se arrojó en brazos de su mamá y volvió la cabeza con expresión de terror, como si alguien le persiguiese.

En efecto, detrás de él, y con rápido paso, iba un caballero enarbolando un grueso bastón, con el que parecía dispuesto á golpear al niño; cosa que hubiera hecho á no interponerse entre ambos don Miguel con resuelto ademán. El desconocido, al contemplarle, lanzó una exclamación de sorpresa, y deponiendo toda actitud hostil, le saludó por su nombre, y le tendió la mano.

D. Miguel reconoció á uno de sus compañeros de oficina, y antes de saludarle le pidió explicación de la escena que acababa de presenciar.

—Si yo hubiese sabido que ese niño era



hijo de usted, dijo aquel caballero, habría moderado el justo impulso de mi cólera; pero lo que ha hecho merece severo correctivo. En unión de dos jovencuelos iba entretenido en la singular tarea de disolver violentamente los corros de niñas, atemorizando y empujando á las que los formaban. En uno de esos corros juga-

ban dos niñas mías, una de las cuales ha sido brutalmente empujada por esos caballeritos. Ciego de cólera, he corrido tras de ellos; pero se han dispersado, y aseguro á usted que ha faltado muy poco para que su niño, á quien no conocía, recibiese una severa lección. Ahora sólo me resta pedir á ustedes que se pongan en mi lugar para que excusen mi arrebató.

D. Miguel dirigió á Antonio severas reconvenciones, calificando con duras frases la fealdad de su proceder. El niño, conmovido hasta derramar lágrimas, juró y perjuró que todo habia sido obra de sus compañeros, y que su única culpa habia consistido en seguir á su lado. No obstante, su papá le obligó á que pidiese perdón á las dos niñas de su amigo, del que se despidió afectuosamente; y con esto terminó aquel incidente, que podia haber promovido serios disgustos.

A todo esto la tormenta empezaba á arreciar; el cielo estaba completamente cubierto de negros nubarrones, los relámpagos y truenos se sucedian con rapidez, y aunque la lluvia era aún insig-

nificante, el viento soplaba con furioso ímpetu.

D. Miguel, doña Matilde y los niños se refugiaron, en unión de otras muchas personas, en el portal de uno de los edificios del Prado, con la intención de no continuar su marcha hasta que se aplacara la tormenta.

Bien pronto la tempestad estalló con violenta furia. El agua, que caía á torrentes, azotaba la fachada de los edificios impulsada por la fuerza del viento,



cuya intensidad llegó á ser tal, que tronchó como si fueran débiles cañas, varios árboles corpulentos y derribó las chimeneas de algunas casas. Las pocas personas que cruzaban el paseo buscando lugar en que refugiarse, apenas podían luchar con la fuerza del viento; los paraguas crujían ó

se volvían del revés, destrozados por el huracán, y los sombreros se despedían de muchas cabezas, siendo arrastrados como plumas á considerable distancia.

Los niños contemplaban aterrados los estragos de aquella tempestad, mayor que todas las que habían presenciado hasta entonces, y sus mismos padres no estaban exentos de inquietud.

De pronto surcó la atmósfera una luz vivísima, que con una rapidez indecible, y describiendo varios ángulos, cayó sobre el árbol situado frente al portal en que estaban los niños. El árbol quedó partido, y un espantoso trueno, superior en intensidad al ruido de veinte cañones que se disparasen á la vez, llevó á su colmo el espanto de Antonio y Margarita, que, abrazados estrechamente á sus papás, apenas se atrevían á moverse. Sin necesidad de que se les dijera, comprendieron que acababan de contemplar un rayo.

Por fortuna, al cabo de una hora, que pareció eterna, cedió la temible violencia del viento, y aunque la lluvia caía á torrentes, fueron abandonando el portal

muchos de los que en él se habían guarecido. La familia de D. Miguel se resolvió al fin á hacer lo propio, y tuvo la suerte de encontrar á los pocos momentos un coche que les condujo en breve tiempo á su domicilio.

Por el camino, Antonio fué hablando con Margarita acerca de la tempestad, y ambos niños desarrollaron extrañas teorías respecto de las causas de la misma, suponiendo que las tormentas eran producidas por la cólera de Dios, que dejaba caer sobre la tierra agua y fuego para castigar á los hombres. D. Miguel, que escuchaba sonriendo á sus hijos, prometió explicarles, así que llegaran á su casa, la causa inmediata del imponente fenómeno que habían presenciado.





Un cocha les condujo à su domicilio



Capítulo II

Poco después de las nueve de la noche de aquel mismo día volvemos á encontrar á la familia de D. Miguel reunida en torno de sencilla mesa. Ocupaba este señor con su familia un modesto cuarto tercero en la calle de Pelayo, y si bien en él no había el menor asomo de lujo, se notaba desde luego ese buen gusto que demuestra en una casa la existencia de una mujer hacendosa.

Terminada la cena pasaron todos á un gabinete contiguo, que era la pieza destinada para reunión de la familia. Este gabinete estaba decorado con suma sencillez, pues su mobiliario consistía en un

modesto piano de los llamados de mesa, un velador cubierto con un tapete azul, y sobre él pendiente una lámpara con sus cortinillas de tafetán verde; en derredor de la habitación, media docena



de sillas forradas de reps grana, y, á falta de sofá, un diván, arreglado por doña Matilde con una vieja arca, sobre la que había colocado una colchone-
ta, cubriendo ambas cosas con una man-
ta de colores vistosos.

Doña Matilde se ocupaba en repasar la ropa blanca; Margarita y Antonio es-

tudiaban sus lecciones para el siguiente día, y D. Miguel leía los periódicos de la noche.

Largo rato pasó en silencio, sin que se escuchase otro ruido que el de algunas fuertes ráfagas de viento y el caer de la lluvia, que aún no había cesado, cuando de repente Margarita se dirigió á su papá diciendo:

—Papá: ¿cuándo va usted á darnos las explicaciones que nos prometió sobre la tempestad de esta tarde?

—Yo, hija mía, estoy siempre dispuesto á ello; pero nada os había dicho por temor de que faltaseis á vuestras lecciones de mañana si, distraídos con esta conversación, no las estudiabais esta noche.

—A mí no me causa perjuicio ninguno el dejar ahora el estudio, porque mañana me levantaré temprano y volveré á repasar lo que ya he estudiado, dijo Antonio.

—Siendo así, hijos míos, voy á principiar con mucho gusto, y espero que aprovecharéis la lección para no incurrir en los errores de esta tarde.

El fenómeno que hemos presenciado llámase un *ciclón*, y en él toman parte, no sólo el viento huracanado, sino también la lluvia y la tormenta: tenemos, pues, que estudiar en él tres partes, y lo haremos separadamente.

Hijos míos, los vientos no son otra cosa sino corrientes atmosféricas originadas por el desnivel de temperatura que existe entre las capas inferiores y las superiores de la atmósfera.

—¿Y por qué la diferencia de temperatura produce las corrientes en el aire? preguntó Margarita.

—Pues, hija, porque el aire, como todos los cuerpos gaseosos, tiene la propiedad de hacerse menos denso; es decir, más ligero mientras mayor sea la temperatura que experimenta; de aquí el que, calentadas las capas inferiores en contacto con el suelo, tiendan á subir, siendo reemplazadas por las más frías, que antes estaban más altas. Y para probaros que esta ley se cumple en todos los lugares, voy á haceros una experiencia bien sencilla. Así diciendo,



D. Miguel colocó 'a bujía en el suelo.

D. Miguel tomó una bujía y, encendiéndola, se fué con ella á la puerta de la habitación. Los niños le siguieron con curiosidad.

D. Miguel colocó la bujía en el suelo, en el mismo dintel de la puerta.

— Podéis observar, dijo entonces, que la llama de esta bujía se inclina hacia dentro de la habitación: ¿sabéis por qué?

— No, dijeron ambos niños.

— Pues sencillamente porque existe una corriente de aire frío, que entra de fuera para reemplazar al caliente, que sube en la habitación y se escapa por la parte superior.



Y entonces don Miguel elevó la bujía á la altura del marco de la puerta, pudiendo ver los niños que, en esta nueva posición, la llama se inclinaba hacia fuera.

— Ya tenéis, pues, explicada superfi-

cialmente la teoría de los vientos, y sólo me resta decir que se clasifican por su velocidad y que, según ella, reciben distintos nombres, desde el de *brisa*, que se da á los más moderados, que se levantan periódicamente en los puertos de mar, hasta el de *huracán*, que se da á los más impetuosos.

—Entonces, interrumpió Antoñito, el de esta tarde era un huracán.

—No uno, hijo mío, sino varios; porque el ciclón se forma de la concurrencia de varios huracanes, que con sus fuerzas encontradas llegan á formar un terrible remolino que, girando con espantosa rapidez, lleva la desolación por donde quiera que pasa.

—Papá: ¿y por qué llueve necesariamente con esos ciclones? interrogó Margarita.

—Hija, llueve porque el ciclón arrastra cuantas nubes encuentra á su paso, y la misma violencia de su marcha determina la caída de las gotas de lluvia.

—¿De dónde sale el agua de las nubes? preguntó Antoñito.

—¡Toma! repuso Margarita: ¿pues de dónde ha de salir? del cielo.

—No, hija mía, objetó D. Miguel: el agua de las nubes, aunque sea Dios el que nos la envía, no procede sino de la tierra.

—¡De la tierra! ¿Y cómo puede ser eso, papá? ¿Quién la sube hasta allí?

—El poder de Dios, sin duda; pero las causas nos son conocidas ya, y voy á explicáros las. El agua, hijos míos, es uno de los cuerpos que puede tener con mayor facilidad los tres estados de la naturaleza: es decir, el sólido, el líquido y el gaseoso; y vamos á probarlo en un momento. Vé, Antonio, y tráete un trozo del hielo que sirvió para enfriar el agua en la comida; y tú, Margarita, tráete la lamparilla del café y una vasija de lata.

Una vez que estuvieron allí los objetos pedidos, D. Miguel tomó el trozo de hielo y dijo:

—Aquí tenéis el agua en estado sólido, al cual ha llegado por un gran descenso de temperatura, obtenido por me-

dios naturales ó artificiales; pues bien: á este trozo, que podemos llamar de agua, le vamos á hacer pasar por los dos restantes estados.

Y colocó el hielo en la vasija, poniendo á calentar ésta en la lamparilla.

A los pocos momentos se vió ir disminuyendo de volumen el hielo y convertirse en agua; á los dos minutos todo era ya líquido.

— Ya le tenemos hecho agua; es decir, en su estado más frecuente; ahora le vamos á hacer pasar al de vapor, ó sea al estado gaseoso de que os hablé.

Volvió D. Miguel á poner el agua á calentar, y cuando ésta hervía, destapó la vasija, y mostrándoles sucesivamente la columna de vapor que de ella se escapaba y las gotas condensadas en la cubierta de la vasija, díjoles:

—¿Veis esa columna que parece de humo y que se escapa hacia lo alto? Pues eso es el agua en estado de vapor: si continuase dejándola hervir, pronto nos quedaríamos sin ninguna, y toda ella se habría escapado á la atmósfera. Ahora

bien: el agua, hijos míos, se evapora á todas las temperaturas, aunque con mucha lentitud; ya veis que en ese estado tiende, como los gases, á elevarse; y fácilmente os explicaréis ahora que de esa evaporación, lenta, pero constante, que sufren los mares, lagos y ríos, favorecida por las corrientes ascendentes del aire, lleguen á formarse esas grandes masas de vapor de agua que se llaman nubes.



Mirad ahora esta cubierta que tengo en la mano: ¿no veis las gotas de agua que resbalan y se unen unas con otras? pues este mismo fenómeno, aunque más lento, también se verifica en las nubes, y cuando esas gotas exceden, por su peso, á la fuerza del aire que las contiene, caen convertidas en lluvia.

—Pero, papá, objetó Antoñito: ¿y cómo se explica, entonces, que algunas veces llueva muy menudo, siendo así

que no cae el agua hasta que se han formado gruesas gotas en la nube?

—Pues por la resistencia del aire que las dispersa, y según la altura de la nube. ¿No ves, cuando sale el agua por un surtidor, lo que pasa? Primero sale muy compacta y unida, pero á alguna distancia del punto de salida va ensanchándose la columna de agua,



hasta que al fin cae dividida en menudas gotas.

—¡Sí, papá, sí, ya comprendo! exclamó el niño.

—Explicados los fenómenos acuosos y los aéreos, pasemos á los eléctricos, que no son menos interesantes por cierto. Sobradamente conocéis los efectos de lo que llamamos tormenta, y que no son otra cosa que manifestaciones del fluido eléctrico, ó sea la electricidad.

—¿Y qué es electricidad, papá? interrogó Margarita.

—Electricidad, hija mía, es uno de los agentes ó fluidos imponderables que llenan el universo. Se llaman fluidos imponderables el calor, la luz y la electricidad, porque no se pueden pesar ni medir, y sólo conocemos sus efectos, ignorando cuál sea su naturaleza.

—¿Así es que la electricidad no se puede ver ni coger? preguntó Margarita.

—La electricidad sólo se siente; y se manifiesta por medio de fenómenos calóricos, lumínicos y fisiológicos. Ahora vamos á hacer una experiencia que os demostrará la existencia de la electricidad en algunos cuerpos.

Dichas estas palabras, D. Miguel se revantó, y volvió á poco, trayendo de su despacho una barra de lacre y un cuchillo de marfil, de cortar papel. Pidió un pedazo de paño á doña Matilde, y con él frotó fuertemente la barra de lacre, aproximándola después á corta distancia de unos pequeños pedazos de papel que había partido y dispuesto so-

bre la mesa. Al punto saltaron éstos, quedándose adheridos por breves momentos á la barra de lacre y volviendo á caer después.

—¿Sabéis por qué causa son atraídos estos papelitos por el lacre?

—No, respondieron los niños.

—Voy á decíroslo; pero antes permitidme os haga algunas observaciones.

Desde muy antiguo notaron los griegos y romanos que el ámbar amarillo, al ser frotado, adquiría la propiedad de atraer los cuerpos ligeros, tales como trocitos de papel, barbas de pluma, etc. Muy lejos estuvieron de sospechar si quiera que aquellos hechos sencillos tuvieran la misma causa que esos terribles fenómenos de la naturaleza que se llaman tormentas, y las cuales atribuían á la cólera divina.

Mucho tiempo persistió este error, y aun hoy día, que nos servimos de la electricidad para transmitir con ella el pensamiento escrito por medio del telégrafo, la palabra con el teléfono y hasta para disipar las sombras de nuestras noches

con la magnífica luz eléctrica; aun hoy mismo, digo, se empeñan algunas gentes en no ver en la tormenta otra cosa sino una manifestación de la cólera de Dios.

—¿Y acaso no es así, papá mío? preguntó Margarita.

—No, hija mía; acostúmbrate á ver en la tormenta un fenómeno natural, y uno de los beneficios que Dios con su poder nos dispensa; pues ella es necesaria para la vida de los hombres, de los animales, y también para el crecimiento y desarrollo de las plantas. Y si no, ved cómo, después de una tormenta, el aire, que antes era pesado y casi irrespirable, se hace más puro; los cuerpos de las personas experimentan un notable bienestar, y hasta los campos parecen agradecidos, mostrándose más lozanos y esplendentes. La tormenta, pues, viene á regenerar la atmósfera viciada y á fecundar los campos con la lluvia bienhechora. Pero no nos separemos tanto del objeto de nuestra explicación.

—Papá, iba usted á explicarnos por



qué los cuerpos ligeros son atraídos por el lacre, dijo Margarita.

—Ciertamente, y prosigo. Habéis de saber que en todos los cuerpos de la naturaleza, aun en los de las personas, existe la electricidad; pero ésta se halla en un estado que los físicos llaman *neutro*, sin duda para explicar que en él no se manifiesta ninguna de las propiedades eléctricas. La electricidad se compone, según teorías físicas, de dos fluidos distintos, llamados *positivo* y *negativo*. Cuando ambos se hallan reunidos en cantidades iguales, se determina el estado neutro de que os hablé, y que poseen todos los cuerpos.

Ahora bien: por medio del frotamiento, ó por otros medios mecánicos, se consigue separar en un cuerpo los dos fluidos, robándole uno de ellos y persistiendo en él el otro. Esto es lo que se llama estar un cuerpo electrizado, y esto es lo que hemos hecho con el lacre, al cual hemos quitado su electricidad negativa, dejándole la positiva.

—¿Y por qué le has quitado la nega-

tiva, papá? ¿No sirve ya? dijo Antoñito.

—Hijo mío, el despojarle de la positiva ó la negativa no depende de la voluntad del hombre, porque unos cuerpos se electrizan siempre positivamente, como sucede al lacre, resina y demás sustancias similares; y otros, como el vidrio, cristal, etc., siempre adquieren la electricidad negativa. Esto obedece á leyes fijas, que son en el día bien conocidas de los que han estudiado la Física.

—Debe ser muy curioso el estudio de la Física, dijo Margarita.

—Curioso é importante es el estudio de esa ciencia, añadió el padre, porque en él encontramos la explicación de todos los fenómenos naturales, y las reglas y leyes de ella nos sirven, bien aplicadas, para obtener numerosos inventos que llenan hoy muchas necesidades de la vida. Ocasión tendremos de estudiar algo más de ella, siquiera sea de la manera elemental que hoy lo estamos haciendo. Pero veo que si continuamos con digresiones nos faltará tiempo esta noche para explicaros la teoría de las tormentas.

—¡Ay, no, papá, ya nos callamos, pues queremos saberla toda!

—Continúo, pues, dijo D. Miguel. Os decía que el lacre había sido electrizado positivamente, y que al aproximarle á los papelitos descompone, por su influencia, la electricidad de ellos, atrayendo hacia sí la negativa.

Mas luego que éstos le han tocado, habéis visto que vuelven á caer; esto consiste en que el equilibrio eléctrico del lacre se restablece pronto, cuando deja de frotársele.

Del estudio de las propiedades eléctricas de los cuerpos se ha venido á deducir que las electricidades del mismo nombre se repelen, y las contrarias se atraen.

Expuesto esto, ya podéis comprender lo que voy á deciros sobre las tormentas.

Todas las nubes se hallan cargadas más ó menos de electricidad, desarrollada por su frotamiento, ó, mejor dicho, rozamiento con el aire en su continua y á veces rapidísima marcha; unas se electrizan positivamente, y otras adquieren la electricidad negativa. Pues sabi-

do esto, figuráos que dos nubes cargadas de electricidades distintas se encuentran en el espacio, impelidas por corrientes opuestas de aire; entonces las dos electricidades tienden á equilibrarse, y como no pueden reunirse sino á través del espacio, resulta que de la nube más electrizada salta una descarga hasta la otra; pero en este caso la descarga toma la forma de una chispa, que es enteramente igual en su naturaleza á las chispas que se obtienen de las máquinas eléctricas, y que no son otra cosa que pequeños rayos.

—¿De modo, papá, que el rayo no es más que una chispa eléctrica? dijo Antoñito.

—Exactamente, hijo mío: una chispa eléctrica, pero de extraordinaria intensidad, siendo el relámpago, que siempre vemos antes que el trueno, el destello ó resplandor de esa misma chispa.

—¿Y cómo es, interrogó Margarita, que siendo el relámpago el destello de la chispa eléctrica, no caen rayos con todos los relámpagos?

—Pues eso consiste, hija mía, en que la caída del rayo tiene lugar sólo cuando la distancia entre las dos nubes es tan considerable, que la chispa eléctrica no tiene fuerza suficiente para llegar de una á otra, cayendo entonces hacia la tierra, que se encuentra más próxima.

—¡Comprendido, papá, comprendido! dijo Antoñito: quiere decir que en todos los relámpagos hay rayos, solamente que son muy pocos los que caen á la tierra.

—Eso es, hijo mío: así como también con todos los relámpagos hay truenos, y sin embargo, cuando la tormenta se halla muy lejos, percibimos los relámpagos sin llegar á escuchar los truenos.

—¿Y qué es el trueno, papá? preguntó la niña.

—El trueno, hija mía, no es otra cosa que el ruido producido por la chispa al saltar, y cuya intensidad sonora se amplifica por la vibración de las capas del aire. Tened entendido que en toda descarga de electricidad atmosférica se verifican los tres fenómenos al mismo tiem-

po, por más que nosotros percibamos primero el relámpago y después el trueno; pero esto consiste en que la velocidad de la luz es mucho mayor que la del sonido, y por eso llega la primera á nuestra vista antes que el segundo á nuestro oído.

Puedo citaros un ejemplo: vosotros habéis visto hacer salvas, y habréis notado que el fogonazo se produce en el cañón al mismo tiempo que el estampido.



—Sí, sí, dijeron los niños.

—Pues bien, un observador que se halle bastante lejos de la pieza verá mucho antes el fogonazo que oirá el ruido del cañón.

• Ya sabéis, pues, hijos míos, lo que son las tormentas, y espero que no os causarán ese terror con que antes las mirabais, creyéndolas algún castigo del cielo: aprenderéis, sí, á conocer el inmenso poder de Dios y á comprender que El,

con su infinita bondad, no lo autorizaría para hacer mal á sus criaturas, á quien tanto ama y tantos beneficios dispensa. Pero basta por esta noche, y vamos á acostarnos, pues tenéis que madrugar, como siempre.

Dicho esto, los niños dieron las buenas noches á sus papás y éstos les besaron cariñosamente, despidiéndose hasta la siguiente mañana.





Capítulo III

Deberes del ama de casa.

Como ya se ha indicado, los domingos por la tarde, cuando hacía buen tiempo, salía Margarita á pasear con sus buenos papás y con su hermanito Antonio, y se divertía mucho; pero cuando su mamá, por cualquier motivo, se quedaba en casa, renunciaba gustosa la niña al paseo para hacerla compañía y ayudarla en sus labores. Doña Matilde veía con profunda satisfacción los resultados que sus consejos y su ejemplo, unidos á las lecciones que recibía en el colegio, producían en el ánimo de Margarita, y aprovechaba todas las ocasiones para alentarla en esta

senda y hacer de ella una verdadera mujercita de su casa.

Era Margarita, por muchos conceptos, digna de servir de modelo á las niñas de su edad: leía y escribía muy bien, figuraba entre las discípulas más aprovechadas



del colegio, ejecutaba con facilidad y esmero primorosas labores, y presentaba las más felices disposiciones para la música; pero su buena mamá comprendía que todos estos conocimientos la servirían de poco si, andando el tiempo, no sabía dirigir bien su casa y ser el alma de una familia.

Es más difícil de lo que á primera vista parece, queridas niñas, llenar los deberes de ama de casa. No basta para ello ser bondadosa y tener aplicación y talento; es necesario, además, tener laboriosidad, orden, limpieza, prudencia y economía, y estas virtudes no se improvisan en un momento dado; deben practicarse desde la niñez, y nadie mejor que una buena y cariñosa madre puede enseñarlas.

Persuadida de esta verdad, la mamá de Margarita aprovechó la circunstancia de haber quedado sola en casa con ésta un domingo para hablarla de tan importante asunto.

—Tienes ya doce años, hija mía, la dijo, y á esa edad la niña se va transformando ya en mujer y debe adquirir los conocimientos necesarios para poder, si preciso fuera, ponerse



al frente de su casa. Los hombres tienen demasiado que hacer y en qué pensar si

han de procurarse los recursos necesarios al mantenimiento y comodidad de la familia, para que puedan descender á los detalles del gobierno doméstico. Así, pues, á menos de encomendarse á manos mercenarias y extrañas, en tu buena administración y arreglo deberían confiar tu papá y tu hermanito si yo llegase á faltáros.

—¡No lo quiera Dios, mamita mía! ¡No digas, ni aun en broma siquiera, que podemos llegar á perderte! interrumpió Margarita, conmovida hasta el punto de sentir sus hermosos ojos llenos de lágrimas.

—Dices bien, hija mía; no debo entristecerte con temores que por hoy son infundados. Hartos disgustos nos ofrece la vida para que debamos aumentarlos con sombríos presentimientos. Figúrate, pues, que dentro de algunos años me llegue á sentir falta de fuerzas para el arreglo de la casa, que debe ocupar casi todo el día á una mujer hacendosa: ¿quién mejor que tú podrá ayudarme en los quehaceres domésticos?

—Eso sí, mamá, dijo Margarita con infantil orgullo; nadie podría tomarse tanto interés como yo en seguir tus consejos, para que todo marche bien; nadie te

ayudaría con tanto cariño, ni estaría tan satisfecha como yo al ver que papá y Antoñito no echaban de menos ninguna de las comodidades de que hoy disfrutan en casa, gracias á tus cuidados y á tu previsión.

—Has comprendido perfectamente mi idea, contestó doña Matilde atrayendo á su regazo á la niña y prodigándola tiernos besos pero ten en cuenta, además, que es muy posible que, andando el tiempo, cuando seas una mujer por la edad, como ahora los vas siendo por lo formalita, tengas otra casa y otra familia que dirigir. Entonces te serán doblemente útiles las advertencias que voy á hacerte.

Una mujer de su casa debe ser trabajadora, y sólo merece este nombre la que ocupa todo su tiempo útilmente, atendiendo en primer lugar á los quehaceres domésticos y luego á las labores, prefiri-



riendo entre éstas las útiles á las de puro adorno. Sería indisculpable que descuidara, por ejemplo, el repaso de la ropa blanca por hacer vistosos encajes ó adornos. Sólo cuando nada preciso la quede por



hacer, es cuando puede ocuparse en este género de tareas de puro lujo, ó en leer, tocar el piano, ó pintar, según las aficiones ó los conocimientos que tenga adquiridos.

—Una duda me ocurre, mamá; eso que dices debe re-

ferirse sólo á las señoras que no tengan criadas, porque las que tienen quien las sirva, no necesitarán pasarse el día trabajando.

—Te equivocas, Margarita; una mujer hacendosa no abandona nunca los quehaceres de su casa á los criados, porque esto equivaldría á entregarse en sus manos y á darles pie para que abusaran y se convirtiesen en dueños.

Debe vigilarlos, dirigirlos, aconsejarles y darles ejemplo. Cuando hagan las cosas mal ó se descuiden, no debe reñirles con aspereza, ni á gritos, ni menos humillarlos con palabras injuriosas; lo que, además de ser poco generoso y denotar mala educación, más bien exaspera que corrige: debe reconvénirles con moderación y firmeza, evitar la familiaridad extremada con ellos y darse á respetar más por su severidad que por sus continuas reprensiones; sobre todo debe mostrarles que, en caso necesario, sabría hacer perfectamente cuanto hagan ellos: de este modo tendrán más autoridad sus mandatos.

Ya ves que el tener criadas no impide trabajar: antes al contrario, y si bien una señora colocada en regular posición no tiene necesidad de desempeñar por sí misma estos quehaceres, porque para eso paga á quien la sirve, debe dirigirlos si quiere que haya limpieza y arreglo en su casa.

No creas que por esto ha de estar todo el día ocupada exclusivamente en estos detalles: distribuyendo el día con orden, tendrá tiempo suficiente para todo: dirigirá perfe-

tamente su casa y podrá dedicarse á lo que hemos llamado labores de lujo, ó pasatiempos agradables, que no dejan de tener también su utilidad. Lo que sí debe evitar cuidadosamente es estarse mano sobre mano sin hacer nada. Las personas verdaderamente laboriosas descansan de un trabajo dedicándose á otro distinto; solamente las holgazanas cifran su bello ideal en dormir de noche y descansar de día, pasando así una vida muy semejante á la muerte.

—Ahora te he comprendido bien, mamita, y veo que tienes mucha razón, porque también nosotros tenemos criada, y sin embargo no por eso dejas tú de estar



ocupada todo el día en los quehaceres de la casa.

—Y sin embargo, hija mía, hay muchas, muchísimas mujeres que no tienen quien las ayude y se ven precisadas á hacerlo todo por sí solas: á ir á la compra, preparar la comida, barrer la casa, fregar, coser su ropa, la de su marido y la de sus hijos, y, sin embargo, esas mu-

eres, cuando son arregladas, aún tienen tiempo para permitirse algunos ratitos de descanso: en las casas en que hay orden y método sobra tiempo para todo. En cambio, en las casas desarregladas en que falta dirección, porque el ama se desentiende de los quehaceres domésticos, todo anda de cualquier manera, todo se hace tarde y mal, y la dificultad más pequeña toma proporciones de un conflicto. Por eso es bueno que quien manda hacer las cosas sepa hacerlas.

No basta que una mujer sea ordenada y limpia: es preciso además que sea prudente y económica para que haga felices á su esposo y á sus hijos. Con la prudencia evitará que tomen proporciones graves las pequeñas disensiones que á cada momento, por mil detalles, pueden surgir en el seno de las familias.

Una mujer de carácter violento é intransigente oscurece, por este solo defecto, todas las buenas cualidades que pueda tener, y llega á hacerse insoportable á cuantos la rodean. La bondad, la dulzura y la paciencia deben ser cualidades inseparables de la que aspire á labrar la ventura de su familia.

Hay un error muy extendido, contra el que debo prevenirte; y es el de creer que la prudencia es sinónima de debilidad, y autoriza á aquellos con quienes la usamos para faltarnos al respeto.

No participes nunca, hija mía, de esta funesta creencia: la prudencia, no sólo no está reñida con la firmeza, sino que es su condición inseparable: la debilidad, por el contrario, va unida casi siempre á los caracteres exaltados é inconstantes.

Si alguna vez el esposo falta al respeto ú ofende á la mujer en un momento de arrebató, vale más soportar en silencio la injusticia, que contestarla con apasionadas querellas. De este modo, cuando la razón ha recobrado su imperio, el que ofendió reconoce su falta; y aunque no tenga la nobleza de confesarlo así, ¿crees que en su interior no se siente avergonzado? En cambio la mujer que dejándose arrebatada por la ira contesta con destempladas frases á su esposo, no sólo pierde la razón que pudiera tener, sino que desciende á un terreno impropio de su decoro y de su alta representación en la familia. La principal fuerza de la mujer, hija mía, es la dulzura.

Es preciso, por fin, que la que aspire á dirigir con acierto una casa, sea económica.

La economía es la piedra angular de la familia; es la principal de las virtudes domésticas. No debe confundirse con la avaricia, que consiste en privarse hasta de cosas necesarias por el afán mezquino de atesorar dinero.

Una mujer verdaderamente económica hace prodigios con las más pequeñas cantidades, porque distribuye con el mejor orden el dinero, atiende ante todo á los gastos de perentoria necesidad y evita cuidadosamente los gastos inútiles, que, por insignificantes que á primera vista parezcan, forman al fin de cada mes cantidades no despreciables, y concluyen por introducir serias perturbaciones en la vida de las familias. Con orden y arreglo bien puede decirse que no hay sueldo pequeño; mientras que con prodigalidad y despilfarro no pueden sostenerse ni aun los mayores capitales.

Aquí llegaba de su explicación doña Matilde, con gran contentamiento de Margarita, que la escuchaba con la más profunda atención, cuando regresaron del

paseo el papá y Antoñito, que venían muy contentos y satisfechos y habían ocupado también útilmente la tarde, pues D. Miguel gustaba de hablar con su hijo de asuntos serios, relacionados con los estudios que éste hacía.



Doña Matilde prometió á Margarita explicarle en los días siguientes, con mayor detenimiento y más precisos detalles, lo que debe hacer una mujer para cumplir como es debido la honrosa misión de dirigir una casa y hacer la dicha de una familia.



Capítulo IV

Pocos días después de la conversación que acabamos de relatar, estaban doña Matilde y Margarita, sentadas una frente á otra, ocupadas en coser; con la diferencia de que la mamá repasaba cuidadosa y hábilmente la ropa blanca de la familia, mientras Margarita ponía sus cinco sentidos en el bordado de unas zapatillas primorosas con que pensaba obsequiar á su papá cuando llegase el día de su Santo. D. Miguel estaba á la sazón en la oficina, y Antoñito en la clase de Geografía, que

se daba en el Instituto por la tarde. Doña Matilde, después de haber dirigido los quehaceres y dejado todo perfectamente arreglado, aprovechaba útilmente el tiempo, porque, como excelente mujer de su casa, no sabía estar ociosa ni un solo instante.

—Mamá, dijo Margarita; ya que las labores que estamos haciendo no nos impiden hablar, ¿querrás seguir explicándome lo que debo saber para llegar á ser una mujer hacendosa y arreglada?

—Sí, hija de mi vida, dijo doña Matilde estrechando contra su corazón á la niña y besándola en la frente; seguiré hablándote de los deberes de la mujer, y lo haré con tanta mayor satisfacción, cuanto que el afán que muestras por recibir mis consejos me prueba que sabrás utilizarlos. En este momento estás preparando á tu papá una agradable sorpresa, que le llenará de alegría, y que á mí me satisface mucho, demostrándome los adelantos que realizas en el colegio.

Ahora bien, querida niña: esa labor de puro lujo, es muy apreciable; pero si no supieras hacer otras más útiles y de más inmediata aplicación, no llegarías á ser nunca una verdadera mujer de tu casa.

No basta, en efecto, que puedas hacer á fuerza de paciencia y de tiempo bordados primorosos, que demuestren tu habilidad y tu buena educación; es necesario que, además, sepas arreglar, componer y modificar las prendas de la casa; trabajo más sencillo y de menos lucimiento, pero de utilidad incomparablemente mayor para

—Estoy muy conforme con eso que me dices, mamá, porque comprendo que de poco les serviría á mi papá y á mi hermanito que yo supiera hacer cosas muy lindas, si luego no me daba maña para coserles la ropa que se les rompiese, ó no sabía hacerles una camisa ó un pañuelo.

—Has comprendido perfectamente mi pensamiento, hija mía. Es bueno que una mujer sepa, cuando llega el caso, hacer labores delicadas; pero es mucho mejor que no se desdeñe de consagrarse á trabajos más modestos, que producen algo que vale más que el vano recreo de la vista: un gran ahorro y una economía positiva en los gastos de la casa.

Las familias muy acomodadas pueden desechár sus trajes apenas noten en ellos el menor deterioro; pero las de modesta posición, que son la inmensa mayoría, no podrían soportar tan enormes cuanto inútiles gastos. Para mí tendrá más mérito la mujer que sepa zurcir ó remendar perfectamente una prenda de ropa, que la que, sin tener estos conocimientos, se entretenga en formar sobre un bastidor caprichosos grupos de flores y pájaros.

Cuando yo tenía tu edad, hija mía, era muy aficionada á las labores de adorno; pero si hoy quisiera entretenerme



con ellas, lejos de ser útil á la familia, la causaría gravísimos perjuicios, porque tendría necesidad de invertir en tareas superfluas el tiempo que robase á las ocupaciones de absoluta precisión.

—Lo que me dices, mamá, me hace pensar que, hoy por hoy, tengo poca práctica en esas labores útiles. Tú me has enseñado ya á hacer media, y, en el colegio, la maestra me ha enseñado á hacer prendas de ropa blanca; pero no sé remendar ni zurcir, y demasiado comprendo que ya estoy en edad de aprender esas cosas, aun cuando no sea más que para ayudarte algo en tus trabajos.

—Tiempo tendrás de aprenderlo bien, hija mía, dijo doña Matilde, llena de complacencia al observar los buenos deseos de la niña. Cuanto te he dicho acerca de las labores de adorno, no puede referirse aún á ti, sino á las mujeres que tienen graves ocupaciones.

—Es verdad, mamá; pero yo creo que no debo esperar á que llegue ese caso para aprender las labores caseras, porque entonces me costaría más trabajo ejecutarlo bien, y además no podría ayudarte, como deseo.

—Mucho me complace oírte hablar así, hija mía; y pues tan excelentes disposiciones demuestras, no he de ser yo quien entibie tus nobles propósitos. Te enseñaré, pues, á coser, zurcir y remendar la ropa, pero no para que me ayudes ahora ni abandones tan pronto tus labores de adorno, sino para que puedas suplirme en caso de necesidad.

Aquí tengo precisamente el pantalón que hace un mes arreglé para Antoñito, de uno de tu papá.

Los niños rompen muy fácilmente sus trajes, y, como verás, este pantalón tiene el tejido muy gastado en algunos puntos y roto en otros. En los sitios en que está gastado puede reforzarse con varias líneas de puntadas sencillas que se crucen, procurando darlas con hilo del mismo color que la prenda. Cuando, en vez de desgastado, está roto el pantalón, se atraviesa todo el ancho del roto con una serie de puntadas, de modo que el agujero quede unido con los puntos; después se cruzan las líneas que resultan con otras que imiten el tejido, y se sigue así hasta terminar completamente el roto, quedando perfectamente sustituida la tela que falta.

Hay otro zurcido, que se llama de *punto perdido*. y que voy á hacer ahora en este *siete*, para que te fijas bien. Primero, como ves, hay que sacar con cuidado los hilos rotos, volver del revés la tela y poner, con la aguja enhebrada, tantos hilos como se han quitado, de modo que quede bien fijos; al concluir cada fila se rompen los hilos, se entretejen otros con los primeros, cortándolos del mismo modo al concluir, y se sigue así hasta que resulte un tejido que se confunda, por su parecido, con el primero. Después se deben cortar con mucho cuidado las extremidades sobrantes de los hilos, y de este modo, como ves, es difícil saber dónde estaba antes el roto.

Y doña Matilde, transcurrido un rato, mostró á su niña la labor que acababa de ejecutar, y que, en efecto, estaba hecha con verdadera perfección.

—Cuando en vez de un roto ó de un rasgón se trata de un agujero, añadió, no es suficiente

el zurcido, y es necesario poner una pieza de tela ó paño igual al de la prenda y del mismo color ó lo más semejante que sea posible, para que no se conozca la compostura. Precisamente en este otro pantalón falta un regular pedazo, que voy á colocar ahora mismo. Esta operación es muy sencilla, y cuando se hace con cuidado y atención, da muy buenos resultados. Basta para ello cortar un pedazo de tela y colocarle del mismo modo que estaba antes de romperse la prenda. Después se sujeta á punto de bastilla, ó pespunte, ó á costura, de modo que no queden pliegues ni bolsas, y se plancha ó se aplasta para que no sobresalga. Puede hacerse también á punto de ojal, recortando lo deshilachado y guarneciendo con esa clase de punto el contorno del roto y el límite del remiendo, que se ajusta al hueco. Por último, hay otro procedimiento más sencillo, aunque menos primoroso, que consiste en cortar un pedazo mucho mayor que el roto y coserle con cuidado por el revés de la tela rota, de modo que no queden bolsas ni pliegues, y después se recorta el roto y se cose rodoblando á dobladillo las orillas.

Quando se quiere componer medias rotas, debe evitarse el ponerlas remiendos, porque son de efecto muy desagradable. La mejor manera de arreglarlas es poner una pieza del mismo punto de media, que da mejor resultado y se nota menos.

Estas labores, muy fáciles de explicar, no lo son tanto de hacer. Para que llegues á ejecutarlas con perfección, necesitarás mucha practica y empezar por las más sencillas. De este modo, y á fuerza de paciencia, una mujer laboriosa puede

relizar verdaderas maravillas, haciendo pasar poco menos que por nueva una prenda remendada veinte veces.

De este modo, hija mía, no sólo se prolonga mucho tiempo la duración de la ropa, que es una de las necesidades más costosas y difíciles de cubrir, sino que se mantiene la decencia en el vestido, y esa decencia es imprescindible para que una persona que se estime sea bien considerada en sociedad y mantenga su dignidad y su decoro.

Aquí llegaban de su conversación doña Matilde y Margarita, cuando entró Antoñito, que volvía de clase. Desde su desagradable aventura en el Prado, el niño se había hecho bastante más juicioso; había abandonado el trato con aquellos condiscípulos que le daban malos consejos, y no se reunía sino con niños aplicados que le estimulaban con su ejemplo á seguir la senda del estudio.

En cuanto á Margarita, sacó tan excelentes enseñanzas de las conversaciones que sostenía con su mama acerca de los deberes del ama de casa, que no sólo aprendió á repasar los deterioros de toda clase de prendas de ropa, sino también á lavarlas y plancharlas con habilidad suma.





Capítulo V

UNA tarde, al regresar de paseo con su mamá, corrió Margarita á saludar á su papá, y le dijo:

—Muy buenas tardes, papá: ¿qué tal lo has pasado en la oficina?

—Como siempre, hija mía, contestó don Miguel dandola un cariñoso beso; y tú, ¿te has distraído mucho en el paseo con tu mamá?

—¡Oh, sí, mucho! Y por cierto que hemos visto cosas bien extrañas. Figúrate que cuando pasábamos por el Prado vimos á muchos hombres que, tirando de grandes maromas, trataban de subir una enorme piedra hasta la altura de un primer piso en una obra que están haciendo en la esquina de la calle de Alcalá.

Los esfuerzos resultaban inútiles y los hombres abandonaron su trabajo; nosotras seguimos nuestro paseo, y ¡cuál habrá sido nuestra sorpresa cuando al regresar hemos visto que con una máquina que habían traído, y que unos curiosos decían que se movía por el

vapor, un solo hombre ha conseguido elevar con suma facilidad la gran piedra y colocarla en su sitio! Yo he preguntado á mamá que cómo era posible que aquella máquina tuviera ella sola mucha mas fuerza que tantos hombres juntos, y mamá me ha contestado que esos son los adelantos de la ciencia.

—Si, Margarita, sí: los adelantos de la ciencia, que han hecho innecesario el empleo de la fuerza bruta, á la cual únicamente se rendía culto en la antigüedad; y para que veas cuán importantes son estas conquistas de la ciencia y juzgues de su superioridad, te referiré, luego que venga tu hermanito, una curiosa historia.

—¡Ay! ¡Ya estoy deseando que venga Antonio! exclamó la niña, pues todo lo que cuentas, papá, nos agrada mucho y nos hace aprender cosas buenas.

—Esa es mi única intención; y puedes creer que me regocija en el alma oírte hablar así.

Poco tiempo después regresó Antoñito de sus clases, y luego que hubo saludado á la mamá, pasó al despacho, donde supo por boca de su padre lo que acabamos de referir. Muy contento se mostró también ante la perspectiva de una interesante historia, y D. Miguel, en medio de la mayor atención de sus hijos, se expresó de la manera siguiente:

—El país de Lilibut, que está habitado por unos hombres tan pequeños que entre nosotros pasarían por enanos, confina por el Norte con el de los Atletas, que son unos verdaderos gigantes. El primero, aunque de reducida extensión y con un terreno y clima poco benignos, se encuentra en un estado floreciente y próspero,

debido á que sus moradores cultivaban desde hacía muchos años todos los ramos de la ciencia, y ésta, que no es ingrata con quien bien la quiere, había facilitado á los liliputienses los medios para prosperar en la agricultura, la industria y el comercio. Todo lo contrario ocurría á los atletas, pues allá consideraban todo estudio



ó trabajo como completamente superfluo, y confiaban en la fuerza bruta como el único medio de alcanzarlo todo en el mundo. Mientras los liliputienses labraban la tierra según los últimos adelantos y obtenían por este medio de ella dos y aun tres cosechas de los frutos más exquisitos, los atletas apenas si se cuidaban de la tierra, estando encomendado su cultivo á las mujeres y á los niños, que, como seres débiles y sin instrucción, tenían necesariamente que hacerlo mal; así es que á pesar de las ventajas

del suelo y del clima, una mala cosecha era todo lo que se obtenía al año. En tanto que los jóvenes liliputienses no tenían otro afán ni otra mira que el estudio para llegar á ser sabios, los del país de los atletas sólo se dedicaban á los ejercicios corporales, pues, como os he dicho antes, á la fuerza bruta confiaban todos sus éxitos en cualquier empresa. Reinaba á la sazón en el país de los atletas el temible Tragabuches, el cual reunía, á su bravura indómita, una musculatura que envidiaban todos sus súbditos. Su carácter era en extremo violento y pendenciero, y reuníase á esto el ser envidioso de la fortuna de los demás.



En el país de Liliput reinaba por aquel entonces el famoso Tío, quien no sólo pasaba por ser el más sabio de todos los de su país, sino que además se desvelaba por hacer la felicidad de todos sus vasallos. Un día en que S. M. Tragabuches se levantó de peor humor que de ordinario, tuvo la ocurrencia de marchar al país vecino, donde con cualquier pretexto los decla-

raría la guerra, y vencidos los fácilmente, les impondría una fuerte contribución, que vendría á animar algo las exhaustas arcas de su tesoro. Pronto halló el pretexto, y sin más acompañamiento que su fiel secretario, emprendió el camino de la capital de Liliput.

Sorprendido, aunque no muy agradablemen-



te, quedó el rey Tito cuando le fué anunciada en su palacio la visita de Tragabuches; sin embargo, fiel á sus costumbres de hospitalidad y cortesía, dió órdenes para que fuese introducido en el gran salón de recepciones, con todo el ceremonial que su alta jerarquía reclamaba.

Pronto se vieron frente á frente los dos monarcas, y una sonrisa de triunfo mal disimulada se dibujó en el rostro de Tragabuches al notar la pequeñez y debilidad de Tito, al que ya consideraba como su rival. Verificados los salu-



Así se expresó Tragabuches.

dos que marcaba la etiqueta, el rey Tito se expresó así:

—Feliz me considero al tener el honor de recibir en mi palacio al insigne Tragabuches, y esta felicidad será aún mayor si, después de expresados sus deseos, me fuese dable satisfacerlos completa y rápidamente.

—Nada más fácil para ti, ni nada más justo que el objeto de mi petición. Amante como soy de la justicia, lo que vengo á reclamarte está fundado en mi indiscutible derecho.

Así se expresó Tragabuches, queriendo disimular con bellas palabras sus ambiciosos designios.

—Habla, pues, dijo Tito, y sepamos qué es ello.

—Has de saber, repuso Tragabuches, que,



revolviendo antiguos cronicones, he llegado á averiguar que hace muchos años fueron robadas á mi abuelo por uno de tus antecesores las famosas botas de nueve leguas, que eran propiedad exclusiva de mi egregia familia; y fundado en este legítimo derecho, vengo á reclamarte su devolución.

El asombro más grande se pintó en el rostro de Tito al escuchar tal pretensión, pues las botas citadas habían sido recogidas como botín

de guerra por uno de sus abuelos, y como tal, se guardaban en el Museo Nacional. Inútil de todo punto fué que así se lo manifestara á Tragabuches, tratando de hacer ver lo injusto de su pretensión, pues éste, montando en cólera, amenazó á Tito con los horrores de una guerra si no se accedía inmediatamente á su exigencia. Entonces Tito, que conocía los grandes males y calamidades que á su pueblo originaría una guerra con sus vecinos, cedió, dando sus órdenes para que le fueran entregadas las botas de nueve leguas.

Llamábanse así estas botas porque, con ellas puestas, cualquiera podía andar á razón de nueve leguas por hora.

Apenas le fueron devueltas, cuando Tragabuches, que se había envalentonado con tan fácil victoria, que atribuía al miedo que inspiraba á los liliputienses, habló de la siguiente manera:

—No creas, Tito, que al entregarme las botas has hecho todo lo que debías, y que yo ya me encuentro satisfecho. El carecer de tan preciosas prendas ha originado grandes pérdidas á mi reino en el número de años que han estado en tu poder, y estas pérdidas, concienzudamente evaluadas, ascienden nada menos que á mil millones, cuya cantidad espero me satisfagas antes de que transcurran tres días.

Tito se irritó bastante al escuchar tal pretensión, pero supo dominar su cólera y meditó, buscando el medio de rehuirla sin exponer por eso á su pueblo á las contingencias de la guerra. Pronto encontró el medio, y lo expuso á Tragabuches en los siguientes términos:

—En verdad, creo que las pérdidas experi-

mentadas por tu reino con la carencia de las botas asciendan á esa cantidad; pero como nosotros estimamos que su salida de nuestro territorio también nos causa enormes perjuicios, nos hallamos en un caso semejante. Para resolver este conflicto, no encuentro más que un medio, y este medio es que nosotros dos hagamos una apuesta, y el que salga vencido en ella será el que pague al otro los mil millones discutidos.

Esta proposición hizo buen efecto en el ánimo de Tragabuches, pues pronto reflexionó que en una apuesta entre ambos soberanos, fácil le sería á él obtener la victoria. Así es que aceptó, pero con la condición de ser él quien marcara los puntos de la apuesta.

Conforme con esto Tito, no tardó Tragabuches en decir:

—Pues bien; ya que á la suerte lo fijas, y que quieres medir tu poder conmigo, hé aquí mis condiciones. Tú has de lutar más fuerte que yo; has de romper algo más resistente que lo que yo rompa; y, por último, has de correr más aprisa que yo. Si te convienes á la apuesta me someto desde luego á las condiciones del pago, si yo perdiere.

Aceptadas por Tito las condiciones, se acordó que al siguiente día se verificarían las pruebas.

Aquella noche, Tito, al encontrarse solo en su cámara, sintió miedo por las consecuencias de su desafío; pues si por acaso perdía, su pueblo se vería obligado á pagar una suma muy preciosa, que casi le arruinaría. Entonces, y para fortalecer su ánimo, invocó á su amable hada, la Ciencia, á la que confió el cuidado de su salvación en aquel difícil trance.

À la hora señalada del día siguiente, se presentaron los dos reyes en el gran salón de palacio, el cual, así como todas las habitaciones, estaba lleno de multitud de cortesanos, ansiosos de presenciarel desafío. En la gran plaza del palacio, una muchedumbre inmensa aguardaba también con impaciencia por conocer los resultados.

Dió principio la apuesta, siendo el primero



Tragabuches. Acercóse á una ventana, y distinguiendo desde allí una población que estaba á dos leguas, preguntó cuál era el nombre de su gobernador. Se lo dijeron, y entonces, con grandes voces, ordenó desde allí al Gobernador que, tomando un ligero caballo, se presentara inmediatamente en palacio. Transcurridas las horas necesarias, se vió al Gobernador apearse á la puerta del palacio y presentarse ante S. M. Estaba, pues, probado que Tragabuches se había hecho oír á aquella gran distancia.

Entonces Tito preguntó á Tragabuches á qué distancia estaba su palacio; y como éste le contestara que á doscientas leguas, le dijo:—Pues bien, voy á llamar á S. M. la Reina, tu esposa, para decirle que me vaya contando los millones que me has de pagar. Y diciendo esto, se acercó á un pequeño aparato en forma de pupitre que habia en la pared, y que no era otra cosa que un



teléfono, y haciendo sonar un timbre y aplicándose dos pequeñas bocinas á los oídos, se les vió sostener una conversación. Tragabuches frunció el entrecejo y empezaba á encolerizarse, pues creía estar siendo objeto de una burla. Pero su asombro fué grande cuando, invitado por Tito, se acercó al oído uno de los auditores y percibió claramente la voz de su esposa, que decía estaba conforme y daba las órdenes al tesorero general. El despecho más profundo se apoderó de él al verse vencido en la primera

prueba; mas no lo manifestó, esperando que saldría vencedor en las que aún faltaban.

Pasaron desde luego á la segunda, y Tragabuches se dirigió á la plaza de Palacio, en donde se levantaba un soberbio obelisco, el que derribó, hecho pedazos, de una sola puñada. No pareció sorprenderse por ello el rey Tito, y cuando es-



tuvo otra vez en Palacio, llevó á Tragabuches á una ventana, y mostrándole una montaña que alzaba su inmensa mole muy cerca de la ciudad, le dijo que iba á hacerla saltar en pedazos. No bien hubo dicho esto, y mientras una sonrisa de duda aparecía en el rostro de Tragabuches, llegóse Tito á una mesa, y apoyando un dedo sobre un pequeño botón, se oyó inmediatamente un formidable estruendo, viéndose volar, hecha trizas, la gran montaña.

Humillado y furioso Tragabuches, pretextó

que se había lastimado el pecho al gritar, y que se había hecho daño en la mano al romper el obelisco, y pidió se aplazase para el día siguiente la última prueba: cosa que así se convino.

Ya repuesto y tranquilo, aunque con bastante desconfianza, apareció al día siguiente Tragabuches en el Palacio llevando bajo el brazo las



botas de nueve leguas, proponiendo al rey Tito que la última prueba fuese ver quién llegaba antes á las orillas del Lago Azul, distante de la ciudad ciento ochenta leguas. Aceptada por éste la partida, pusiéronse en línea, y dada la señal, desapareció Tragabuches en el horizonte á los primeros pasos. Entonces Tito se dirigió á un túnel allí próximo, donde le aguardaba un vagón, en el que se introdujo. No habían transcurrido tres minutos cuando la puertecita del va-



—Aún tienes que esperar dieciséis minutos.

gón volvió á abrirse, y se encontró en las orillas del Lago Azul, donde la buena hada de la Ciencia le ofrecía la mano para bajar.—Aún tienes que esperar dieciséis minutos hasta que llegue Tragabuches, díjole ésta; ya ves cómo te he cumplido mis promesas y cómo no hay tiempo mejor empleado que el que á mí se dedica. Yo he sido quien he tendido los hilos del teléfono que te ha permitido hablar con el palacio de tu rival; yo la que he cargado de dinamita los senos de la montaña para que ésta estallase, y la que he colocado bajo tu mano la chispa eléctrica que determinó la explosión; y yo, por último, la que he perforado este túnel, que te ha facilitado la llegada á este sitio siguiendo una línea recta y aprovechando la fuerza y la velocidad del aire comprimido. Ten siempre presente que, siguiendo por el camino emprendido del estudio y el trabajo, me tendrás en todas ocasiones pronta á acudir en tu auxilio.

Dicho esto, desapareció, sin dar tiempo á que el rey Tito le diese gracias con toda la efusión de su alma. Aún tuvo tiempo Tito de fumar un cigarrillo antes de que llegase Tragabuches, el cual quedó sorprendido al encontrarle allí.

Juntos regresaron al Palacio, en donde se despidieron, después de pagar Tragabuches los mil millones y de protestar de su ferviente adhesión hacia un hombre que manifestaba tan maravilloso poder, que había inutilizado su extraordinaria fuerza.

Desde entónces vivieron en paz los dos reinos, sin que ni por un momento se les ocurriera á los gigantes pensar en ir á molestar á sus vecinos los liliputienses.

—¡Ay! ¡Qué bonito cuento, papá! dijo Margarita; ¿con que es decir que los liliputienses, á pesar de su pequeñez, vencieron á los gigantes?

—Sí, hija mía, auxiliados por la Ciencia; lo mismo que esta tarde has visto tú que un solo hombre con una máquina, hija también de la ciencia, ha logrado lo que no pudieron hacer muchos otros con su fuerza.



—Pues yo voy á estudiar mucha ciencia, dijo Antoñito, porque quiero ser tan temido como los liliputienses.

—No, hijo mío, no debe ser ése el interés que te guse al estudio; la ciencia sirve para algo más noble que eso: con ella conseguirás poner tu grano de arena en la gran obra del progreso y coadyuvar al perfeccionamiento de los elementos de vida que hoy poseemos. La ciencia, hijo mío, no habrá dicho su última palabra

hasta el día en que todas las rivalidades, y por lo tanto las guerras, sean imposibles.

—Ya comprendo, papá; la ciencia da el poder, pero no debemos emplearlo en hacer mal, ¿no es esto? dijo Margarita.

—Perfectamente entendido, niña mía, y así quiero que lo entiendas tú también, Antonio.

En este momento vino la mamá á cortar la conversación anunciando que la hora de la comida había llegado.



Capítulo VI

Pocos días después fueron doña Matilde y su hija á visitar á la familia del jefe de don Miguel, y cuando entraron en la casa se ofreció á sus ojos un inesperado espectáculo. La sala donde fueron introducidas se encontraba en el mayor desorden; las sillas fuera de su sitio, cubiertas de polvo y llenas la mayor parte de ellas de vestidos de señora, trajes de niña, muñecas, etc. Las cortinas que cubrían los balcones, se hallaban tan sucias y manchadas, que era

difícil averiguar cuál había sido su color primitivo; y, por último, los espejos, así como los demás muebles, se encontraban también mal colocados, sucios y empolvados.

Tras breve rato de espera apareció al fin la señora del jefe, rodeada de dos pequeñuelos y trayendo en brazos otro de mantillas. Después de los saludos corrientes, se entabló entre las señoras el diálogo siguiente:

—Usted dispensará, doña Matilde, decía la esposa del jefe, que le haya recibido de cualquier manera, pero me encuentro hace unos días sin criada, y sola con la niñera, no puedo dar abasto al trajín de esta casa. Pero como no quería privarme del gusto de recibir á ustedes, les he hecho pasar, esperando, repito, que me dispensen este acto de confianza.

—No diga usted nada, doña Catalina, que ya sabemos lo que es una casa, y no tiene por qué ser dispensada, repuso doña Matilde. Y el esposo, ¿está bueno?

—Está bien, muchas gracias. Ahora no está en casa, porque se marchó á almorzar al café, y de allí á su oficina. Hace ya unos días que no come en casa, porque como yo, gracias á Dios, no he tenido necesidad nunca de entender de cocina, lo hago tan mal, que el otro día, cuando se marchó la chica, quise disponer la cena y todos nos quedamos sin comer.

—¡Bah! contestó doña Matilde, percances naturales en las casas, y de los cuales tiene la culpa en gran parte el mal servicio de criadas que hay en el día.

—Tiene usted mucha razón, señora; no existe ni una sola criada en quien se pueda depositar

confianza, ni que sirva bien. ¿Quiere usted creer que todas las que he tenido ha sido preciso despedirlas por ladronas? Ya no existen aquellas criadas antiguas que llevaban todo el peso de la casa y á las cuales se podía entregar aunque fuese oro molido.

En este momento oyóse un gran estrépito y se abrió la puerta vidriera que comunicaba con la alcoba, viéndose á uno de los niños de doña Catalina caído en el suelo y agarrado á la cola de un gato, el cual, en sus conatos de fuga, había volcado una aljofaina que contenía agua no muy limpia, la cual corría á raudales sobre varias prendas de cama y una pelleja que estaban en



el suelo. El niño lloraba, pero sin soltar el rabo del gato; éste mayaba con furor, y doña Catalina, á quien embarazaba el niño de pecho para poder levantarse, daba grandes voces, diciendo: ¡Cirila! ¡Cirila!... ¡Coja usted á ese arrapiozo, mujer, que el gato lo va á matar! ¡Ay, señ ra doña Matild-! Con estas niñeras tan descuidadas y tan gansas, no gana una para susto! ©

—Tiene usted mucha razón, expresó doña Matilde: y nosotras, comprendiendo sus muchos quehaceres y ocupaciones, nos retiramos ya, para dejarla que á ellos se entregue.

—De ninguna manera; no se vayan tan pronto, pues de todos modos no se ha de poder hacer apenas nada interin no tengamos otra criada; pues ya ve usted, la niñera, con éstos tiene bastante quehacer y yo con el pequeñín, que por cierto está bastante malito, tampoco puedo ocuparme de nada.

—¿Y qué tiene el niño? preguntó con interés doña Matilde.

—Pues no sé decirle á usted; porque enfermedad concreta no tiene, pero el angelito se cría muy delgado y siempre está rabiosillo y disgustado. ¡Mire usted, mire usted, que piernecitas tiene!

Y al decir esto, entreabrió las mantillas del niño, de donde se exhaló al punto un olor desagradable.

—¡Vaya! prosiguió doña Catalina; ¡ya esta otra vez sucio el niño! Tres veces le he mudado ya hoy.

—Nada; insisto en marcharnos, y ya tendremos el gusto de verla otro día.

Despidiéronse cordialmente las señoras, y, apenas estuvieron en la calle, doña Matilde habló así á Margarita:

—Escucha con atención, hija mía, lo que voy á decirte, pues desearía que se grabasen en tu imaginación las lecciones que voy á darte. Ya te he hablado en otra ocasión de lo importante que es para una mujer el saber ser hacendosa y económica: buena prueba de ello tienes ahora en la visita que acabamos de hacer. Doña Catalina, que es una señora muy recomendable por la urbanidad de su tratc, tiene la desgracia de no saber ser mujer de su casa: y consecuencia



—Escucha con atención, hija mía.

de este defecto son los mil apuros en que se encuentra apenas se halla sin criada. Y lo peor del caso es que sus apuros no se reducen á la mayor ó menor dificultad que encuentra para guisar y atender á las demás haciendas de la casa, sino que con el sistema de comer de fonda se aumentan los gastos, y de seguir mucho tiempo con él, pronto llegaría á no serle suficiente el sueldo, no pequeño, de su esposo. Habrás notado, hija mía, que esta señora se queja amargamente de las criadas, y á ellas solo atribuye el mal estado de su casa; pero sobradamente comprenderás que con un poco de vigilancia por su parte, que hiciera que las criadas no estuviesen á su libre albedrío, conseguiría que no la robasen y que trabajasen todo lo que es de su deber. No insisto en esto, porque ya te he dicho varias veces cuanto es preciso con relación á los deberes de una mujer de su casa, y hoy me fijaré en otro punto no menos importante, que se relaciona con la salud, y es la higiene doméstica. ¿No has visto, hija mía, cómo denotaba el aspecto de los niños la falta de robustez y de salud?

—Sí, mamá, contestó Margarita; he observado que todos parecían enfermos, pues el mayorcito tenía los ojos malos, el segundo, aquellos granos y costras en la cabeza, y, sobre todo, el niño pequeño parecía muy enfermo: ¡tan delgadito y pálido estaba!

—Veo que te fijaste bien, y puedo asegurarte, sin temor de equivocarme, que los males de esos tres angelitos tienen su origen, más que nada, en la falta de limpieza y de higiene.

Los preceptos de esta ciencia, que deben ob-

servarse cuidadosamente por todas las personas, son aún más indispensables para con los niños, pues siendo éstos de naturaleza mucho más débil, están más expuestos á contraer enfermedades. Voy á aprovechar el tiempo que hemos de invertir hasta llegar á casa para decirte algo de los preceptos higiénicos más necesarios de observar.

— ¡Ay, sí, mamá, que yo procuraré no olvidar nada de lo que me digas!

— Muy bien, niña, y ya sabes que me gusta hablar contigo, porque sé que aprovechas mis lecciones. El primero y más principal de los preceptos higiénicos, es el aseo: sin él no puede haber salud, pues la suciedad lleva en sí los gérmenes de innumerables enfermedades. El aseo de los niños consiste principalmente en lavarlos bien y en cuidar que no lleven sus vestidos sucios. El desaseo produce en los niños pequeños, como el de pecho de doña Catalina, esa demacración y mal color que les da aspecto de enfermos, aunque no lo están. Yo no dudo que el pequeñín de doña Catalina será lavado algunas veces al día; pero no debe serlo muy escrupulosamente, ni los vestidos que le mudan deben estar muy limpios, cuando el niño ha adquirido ese triste aspecto. También es muy necesario á la infancia el respirar el aire libre con toda la frecuencia posible; y el mucho encierro en las casas les perjudica. Por eso es muy conveniente sacar los niños á paseo todos los días que no llueve ni el frío es muy excesivo.

El aseo de que antes te he hablado, no ha de limitarse á las personas, sino que también es muy necesario en todas las cosas de la casa: así

es que debe cuidarse de que las habitaciones estén bien barridas y limpias; que las ropas de cama se varíen con la frecuencia posible, cuidando de no poner en ellas ni poco, ni mucho abrigo; y, por último, que en la comida, la limpieza sea extremada, pues no basta comer alimentos sanos si no están condimentados y servidos con aseo y pulcritud.

Estas son las más principales reglas de higiene, que no debes olvidar, y cuyo desconocimiento lleva á algunas personas al deplorable estado que has observado hace poco en la casa de esa señora.

En esto, llegaron Margarita y su mamá á su casa, y terminó la conversación que sostenían.





Capítulo VII

ALGUNOS días después, y á hora bien temprana de la mañana, salía Antoñito precipitadamente de su casa, acompañado por la criada. Si hūbiéramos seguido sus pasos, hubiésemos visto que se encaminaba á casa del famoso doctor Calvo. ¿Estaba enfermo, acaso, el niño? se preguntaran nuestros lectores. No, afortunadamente; pero no por eso era menos triste el motivo que le hacía correr en busca del facultativo. Su madre, la buena doña Matilde, se encontraba postrada en el lecho del dolor, acometida de repentina enfermedad que llenaba de cuidados á toda la familia



Mientras Antoñito y la criada se encaminaban á casa del médico, veamos lo que ocurre en la de nuestros amigos. Apenas penetramos en ella, encontramos en la cocina á Margarita, que trabajando como una mujercita, y poniendo en práctica las buenas lecciones recibidas de su mamá, se ocupa en preparar



un cocimiento que las recetas caseras tienen siempre dispuestos para todas las enfermedades. Maravillaba ver con cuánta limpieza y presteza había encendido la lumbre y preparado todo lo necesario para la tisan. Más de una vez había tenido que subirse en una silla para coger algunas cosas que, colocadas en el vasar, se hallaban

fuera del alcance de su pequeña estatura. Pero al subirse había tenido cuidado de hacerlo con precaución y sin precipitarse, á fin de no caer, y evitando al mismo tiempo derribar ninguno de los platos ú objetos que había en el vasar. Poco tiempo después estuvo preparada la tisan, y entonces Margarita, vertiéndola en una taza, que había tenido cuidado de limpiar muy bien antes con un paño, para evitar que llevase algo de polvo, se dirigió con ella á la alcoba de su mamá. Cuando entró en esta pieza se dirigió al balcón, entreabriendo las maderas á fin

de que penetrase por las vidrieras algo de la alegre claridad de la mañana en el cuarto de la enferma.

—Vamos, mamita, dijo la niña aproximándose con su taza en la mano á la cama de la enferma; vamos, tome usted este poquito de tisana que le ha hecho su hijita.



—Gracias, hija mía, gracias, articuló la enferma entreabriendo sus ojos y demostrando en su rostro una gran satisfacción de cariño maternal. ¿Para qué te has molestado, Margarita? Yo hubiera podido esperar el regreso de la criada.

—¿Qué dice usted, mamá, de molestias? Este es un deber mío, el cual cumplo con la mejor voluntad. Tome usted; tome usted un poco, y veremos si esto la reanima. La enferma bebió, aunque con gran trabajo, todo el contenido de

la taxa, y aproximando después hacia sí la cabeza de su hija, estampó en ella algunos besos.

Margarita se sintió en extremo satisfecha con aquellos cariños, devolviéndolos con efusión. Don Miguel, que estaba sentado en una butaca al lado de la cama, en cuyo sitio había pasado toda la noche, al presenciar tal escena de ternura, sintióse en extremo conmovido y sus ojos se llenaron de lágrimas. Para que éstas no se notaran levantóse con presteza y comenzó á dar paseos por la habitación.

En este momento llamaron á la campanilla, y D. Miguel corrió á abrir. Eran la criada y Antonio, que regresaban acompañados del médico. Este señor, una de las lumbreras de la ciencia médica y que gozaba de inmensa reputación, había acudido presuroso al saber que se trataba de la esposa de D. Miguel, pues profesaba á éste una verdadera amistad, nacida en las aulas cuando ambos eran jóvenes.

Cambiados los saludos más cordiales pasaron todos á la habitación de doña Matilde.

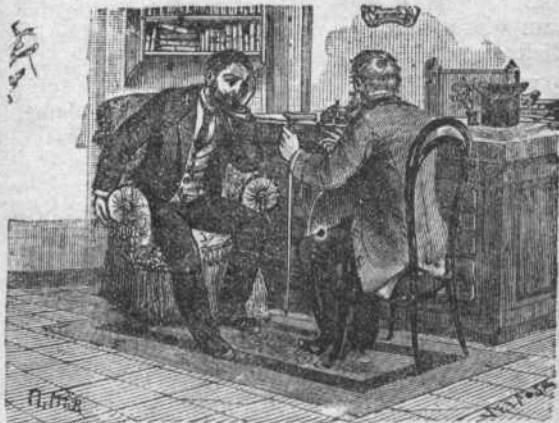
Al ver el doctor el aspecto de la enferma, no pudo contener un gesto de desagrado, que no pasó inadvertido para D. Miguel, el cual palideció al notarlo.

Ocupóse el doctor en reconocer á la enferma, hízola algunas preguntas, y diciendo: «vamos, esto no es casi nada,» se volvió hacia D. Miguel y le dijo: «Si te parece, Miguel, pasaremos á tu despacho, pues tengo que escribir algunas recetas.» Asintió desde luego D. Miguel, y ambos se retiraron al despacho. Los niños se quedaron acompañando á su mamá, la cual, fatigada por las preguntas y reconocimientos

del doctor, recostó la cabeza en los almohadones, cayendo en una especie de letargo.

Veamos entretanto qué hablaron en el despacho D. Miguel y el doctor.

—Querido Miguel, decía éste, por la misma amistad que nos une, y aun por mi deber profesional, estoy obligado á hablarte claro.



—¡Oh, sí! dime la verdad, por horrible que sea.

—No te desanimes ni te apures demasiado, repuso el doctor. No te negaré que el estado de Matilde es de verdadero cuidado; pero tampoco te diré que sea desesperado. Su dolencia aún tiene eficaz remedio, si no se la descuida y abandona. La anemia, que principia á apoderarse de ella, puede aún combatirse con éxito; pero para ello serán quizás necesarios algunos sacrificios. Yo no dudo que tú sabrás hacerlos, y por esa parte estoy tranquilo.

—¡Aunque fuese el de mi vida lo haría yo por ella! exclamó con vehemencia D. Miguel.

—Bien, ya te he dicho que no lo dudaba, y paso á exponerte el plan curativo. Matilde necesita un completo descanso en sus faenas de ama de casa. Precisa que no se fatigue trabajando tanto como hasta aquí; y, sobre todo, necesita tomar baños de mar y respirar aires puros del campo. Conozco bien tu posición, y por eso te he dicho que debías hacer un sacrificio.

—En verdad que lo será, pues mi corto sueldo no basta más que para cubrir las necesidades diarias de mi casa; pero eso no será obstáculo. haré el sacrificio que me indicas, y buscaré el dinero á todo trance. Prosigue tu plan.

—Bien, añadió el doctor; debo indicarte que con las medicinas que voy á recetarla, Matilde se encontrará dentro de tres ó cuatro días casi repuesta y en disposición de emprender el viaje. Pero éste no debe demorarse, pues la reacción que habremos conseguido desaparecería bien pronto si no se la fortifica con lo que te he dicho. Ahora debo prevenirte también, que lo que más convendría á su salud sería visitar alguno de los puntos de Andalucía: las costas de Cádiz ó Málaga son las más indicadas. Ya te escribiré yo en breve precisándote el punto á que debéis dirigiros. Esto es cuanto tenía que prevenirte, pues de la tranquilidad de espíritu nada tengo que decirte, porque me consta que en tu casa se disfruta la verdadera paz del hogar.

— Dices bien, y cuanto habláramos sobre este punto sería inútil. Quedo en solicitar en seguida una licencia en mi oficina y gestionar el cobro de algún dinero para emprender el viaje.



Hoy vengo satisfecho, Matilde.

El doctor recetó unas cuantas medicinas y se despidió diciendo que no volvería si no ocurría alguna recaída, y reiterando que escribiría indicando el punto á que habían de marchar.

Como el médico había predicho, los efectos de los medicamentos fueron muy rápidos; al día siguiente doña Matilde se encontraba más reanimada, y á los dos días pudo abandonar el lecho, adquiriendo nuevas fuerzas cada día. Tres hacía que ya se levantaba, cuando al regresar aquella tarde D. Miguel de su oficina y encontrándose reunidos la madre y sus hijos, habló de esta manera:

—Hoy vengo satisfecho, Matilde, porque he logrado los dos meses de licencia que tenía solicitados; he aquí el oficio.

Y mostró á su esposa un pliego.

—Si no fuera inconveniente mi curiosidad, desearía me dijeras para qué quieres esa licencia, dijo doña Matilde.

—Ya sabes que nunca son indiscretas tus preguntas, y si no te había dicho antes lo de la licencia, era porque esperaba á que te mejorases para hablarte de este asunto, que se relaciona con otro no menos importante. Hoy que ya, gracias á Dios, te encuentras muy mejorada, te las expondré ahora mismo. Has de saber que el médico ha prescrito como remedio indispensable para asegurar tu completa curación, el que tomes baños de mar y respire aires puros en algún puerto de Andalucía; este es, pues, el objeto de mi licencia. Ahora sólo falta que nos ocupemos de la cuestión económica, y una vez ventilada, disponer la marcha para breve plazo.

Desgraciadamente la cuestión económica no

se presenta muy clara, pues aun contando con los escasos fondos de mis economías, creo que no llegaremos á reunir bastante, pues siempre un viaje de esta clase resulta mucho más caro de lo que á primera vista parece. A decir verdad, yo sentiría mucho ser la causa de dispendios considerables que nos crearan alguna situación difícil.

—¡Vaya, no te preocupes por eso, mujer! Tú tienes el deber de procurar por tu vida, que tan necesaria nos es á tus hijos y á mí; así es que no hay más que hacer cálculos á fin de reducir los gastos en lo posible y echar á andar desde luego. Veamos cuánto dinero tienes tú disponible.

—Pues bien poco, por cierto, contestó la mamá: unas ciento veinticinco pesetas.

—Poco es; pero unidas á otras ciento que me abonará D. Marcos, resto de aquella antigua deuda, y á las cuatrocientas cincuenta de mi sueldo de los dos meses, forman un total de seiscientos setenta y cinco. Creo que tendremos suficiente con dicha suma.

—Y yo á mi vez creo lo contrario, es decir, que no hay bastante, porque tú olvidas que no se reducen los gastos extraordinarios á lo que cuesta el viaje, sino que las casas y aun los comestibles encarecen notablemente en esta época del año en todos los puertos, por efecto de la afluencia de forasteros.

—En fin, dijo D. Miguel, yo adquiriré esta noche todos los datos, y después hablaremos sobre base fija.



Capítulo VIII

GERMINADA la comida, salió D. Miguel, lleno de risueñas esperanzas, á recoger datos sobre los gastos del viaje y las condiciones de vida en algunos puntos de la costa andaluza. Bien pronto estas esperanzas trocáronse en verdaderas decepciones al saber que, sólo el viaje, les absorbería casi la mitad de su pequeño capital, y que con el resto no tendrían suficiente para vivir durante los dos meses que debían permanecer fuera de casa. Embebido en estos tristes pensamientos, regresó poco tiempo después á su casa, y tan distraído entró, que no pudo notar que la criada le presentaba una carta cuando le abrió la puerta. Se dirigió al comedor, donde se hallaban doña Matilde y los niños, y bien pronto advirtió su esposa la desanimación pintada en su semblante.

—Vamos, no te desalientes, le dijo doña Matilde. Sin que me lo digas, conozco que se han realizado mis tristes presentimientos. Pero no te apures, repito, todo lo arreglaremos; yo to-

maré los baños de mar en casa y veranearemos en Chinchón ó Ciempozuelos.

—No, Matilde, no, aun cuando tuviese que hacer el sacrificio de recurrir á la usura, tú tomarás los baños en el punto que designe el doctor.

—Vaya, no digas eso, hombre, que sería para



mi el mayor de los pesares. Y, á propósito del doctor: hace poco que te han traído una carta de su parte.

Y llamando á la criada, se la pidió, presentándosela á su marido. Este la leyó, y á medida que avanzaba en su lectura, su rostro se iba animando, y al terminarla, exclamó:

—¡Nos hemos salvado, Matilde, gracias á mi buen amigo el doctor! Escucha, escucha lo que me dice en su carta.

Y D. Miguel leyó en voz alta lo que sigue:

«Querido Miguel: Como te prometí, te escribo para designarte el punto de Andalucía á que has de llevar á Matilde; pero como al designártelo me es fácil hacer algo en tu obsequio para que te resulte menos gravoso el viaje, me tomo la libertad de hacerlo desde luego sin consultarte. Adjuntos te envío cuatro billetes á mitad de precio desde Madrid á Cádiz: son de ida y vuelta. Desde allí á Rota sólo hay tres ó cuatro horas de viaje, y no te costará demasiado. Incluso va también una carta para mi administrador en aquella capital, á fin de que ponga á vuestra disposición una modesta finca de recreo que poseo en el pueblo de Rota, y del que sólo dista media legua. En dicha finca podréis pasar con alguna comodidad el par de meses que os hace falta. Mi administrador cuidará, según le encargo, de proporcionaros todas las comodidades y ventajas posibles. Como supongo que desearás saber el cálculo aproximado de todos los gastos, te diré que, teniendo en cuenta la economía que he podido proporcionaros en el viaje y en la casa, estimo el total de ellos en unas setecientas cincuenta pesetas.

»No me agradezcas nada de esto, pues es un deber de amistad que cumple con verdadero gusto tu afectísimo

MANUEL CALVO.»

—¡Bendito sea el que sabe emplear su tiempo y sus medios en hacer el bien! ¡No olvidéis este rasgo de un amigo de vuestro padre, hijos míos,

dijo doña Matilde, y tened siempre presente su nombre en vuestras oraciones al Altísimo!

— Sí, mamá, así lo haremos, contestaron ambos niños.

Después de la lectura de esta carta, giró la conversación, como era natural, sobre el viaje, echándose de ver entonces por los esposos que para el presupuesto del doctor les faltaba aún la cantidad de setenta y cinco pesetas: cantidad en extremo modesta, pero que para ellos significaba mucho, pues no contaban con ingreso alguno extraordinario. Después de mucho discutir, acordaron vender el antiguo piano de mesa que tenían, bien que haciendo un verdadero sacrificio. Calificamos de sacrificio la venta del piano, porque, en realidad, así era para doña Matilde y Margarita; para la primera porque aquel mueble, que le había sido regalado por su padre, tenía toda una historia. En él había aprendido, cuando era casi una niña, los conocimientos musicales, que luego más tarde, y cuando su padre ya viejo y enfermo no podía trabajar, le sirvieron para ganar el sustento de ambos hasta que se casó con D. Miguel: y para la niña, porque habiendo heredado de su madre la aptitud y afición para la música, sentía con toda el alma esta pérdida.

Al día siguiente, y de mañana, salió D. Miguel con objeto de gestionar la venta del piano. Aprovechando la ausencia de éste, determinaron la mamá y la niña dar lección en él por última vez. Con este motivo hubo una dolorosa escena, en la que las lágrimas de ambas no dejaron de verterse. Antoñito, que había presenciado esta escena y que quedó dolorosamente impresionado

do, concibió un noble propósito: Poseía el niño una hermosa colección de sellos de correos que le había sido regalada hacía algunos años por su padrino. Esta colección, notable desde un principio, había sido enriquecida bastante por la perseverancia de Antonito, que con sus pequeños ahorros unas veces y por medios de cam-



bios ventajosos otras, había adquirido algunos ejemplares muy notables. En distintas ocasiones, algunos condiscipulos ricos le habían ofrecido dinero por ella, llegando algunos hasta la oferta de cien pesetas.

Pero en esta ocasión, y bajo la penosa sensación que le produjo el dolor de su mamá y hermanita, recordó aquellas ofertas y decidió aprovecharlas. Al efecto, pidió permiso á su mamá para salir, con el pretexto de ir á hacer, con un amigo, cambio de algunos sellos. Le fué con-

cedido el permiso y entonces se dirigió á su cuarto, abrió el pupitre donde guardaba sus libros y efectos, y de un cajón donde la conservaba cuidadosamente, sacó una colección. Antes de emprender la marcha quiso por última vez contemplarla, y en esta operación pasó largo rato, deteniéndose extasiado ante los ejemplares más raros. Por fin llegó el momento de partir, tomó su sombrerito y salió precipitadamente con ella bajo el brazo. Encaminóse primero á casa de uno de sus amigos y condiscípulos, al que no encontró en casa por hallarse veraneando con su familia, según le manifestó la portera. Dirigióse después á casa



de otro, que vivía en elegante hotel y allí los porteros, al verle modestamente vestido, no quisieron pasar recado á su señorito.

Así anduvo otras dos casas más, sin lograr ver á ninguno, y se marchaba ya á su casa desanimado del éxito de su empresa, cuando recordó que en la calle de la Cruz existía un comerciante de sellos, al que ya había visitado con ocasión de cambios y compras. Fué, pues, hacia allí y penetró con ánimo resuelto en la pequeña tienda. Presentó su colección al comerciante preguntándole si la compraría, y

éste contestó que sí, si le convenía. Examinada minuciosamente que fué, pidió el niño por ella cien pesetas, y, después de muchos regateos, quedó convenida en ochenta.

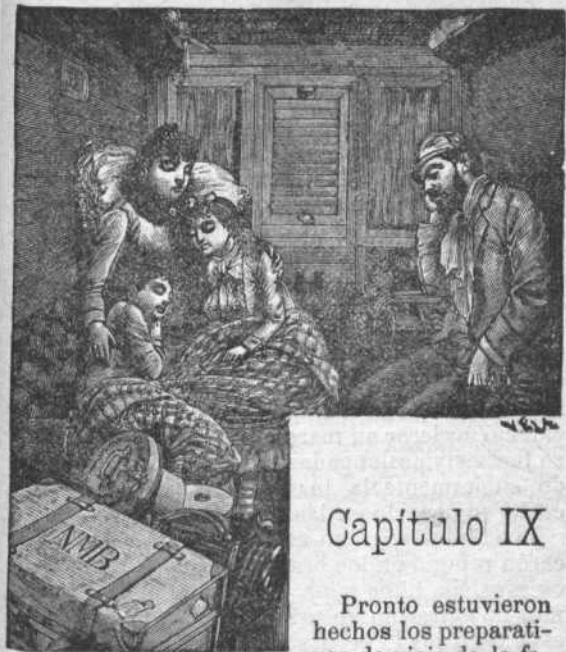
Loco de alegría salió Antoñito, llevando guardada en su pecho la reluciente onza de oro. Marchaba de prisa en un principio, y por último,



corriendo, y no cesaba de repetir por el camino: «No se vendera el piano y mi mamá y mi hermana no llorarán más.» Imposible describir la alegría de todos cuando Antoñito, al entregar el dinero á su mamá, le refirió lo que había hecho; las dos á porfía le abrazaban y besaban, mezclando tiernas lágrimas á sus besos. Antoñito gozó tanto con su buena obra,

que se consideró indemnizado con exceso de la pérdida de sus queridos sellos.

Excusado será decir que D. Miguel no fué más parco en sus elogios y caricias, y que desde aquel día Antoñito fué considerado por su familia como un niño juicioso, bueno y amante de sus padres. Ocasión tendremos de ver cuánto sirvió al niño este rasgo de generosidad y buenos sentimientos.



Capítulo IX

Pronto estuvieron hechos los preparativos de viaje de la familia, y en una calurosa pero serena noche de Julio, salían nuestros amigos por la estación de Atocha, en el tren correo de Andalucía. Ocupaban un departamento de segunda clase y tuvieron la fortuna, porque fortuna es en un viaje largo, que no entraran más viajeros en el mismo carruaje. Así es que pudieron pasar la noche con relativa comodidad, recostándose en los asientos del coche. Al amanecer empezaron á pasar

por Despeñaperros, y D. Miguel, que no había dormido, creyó oportuno despertar á sus hijos para que disfrutaran del grandioso espectáculo que allí ofrecía la naturaleza.

Admirados quedaron los niños del panorama que se ofrecía ante sus ojos, cuando asomaron sus cabecitas por la ventanilla del coche. En aquel momento el tren corría por entre altas montañas cubiertas de agreste, pero frondosa vegetación, que ocultaban entre espesos matorrales y grandísimos arbustos las enormes rocas que las formaban. Poco á poco la vegetación fué desapareciendo y el tren corría entre áridos desfiladeros, sustituyendo las abruptas rocas, cortadas á pico, al paisaje encantador, aunque salvaje, que hemos citado. De pronto, el tren pareció acelerar su marcha y la locomotora lanzó fuertes y prolongados silbidos, desapareciendo súbitamente la luz del día y quedando el coche sumergido en las tinieblas.

Los niños lanzaron un grito de terror y buscaron refugio en los brazos de sus padres.—No os asustéis, hijos míos, dijo D. Miguel; acabamos de entrar en un túnel y esa es la causa de esta oscuridad; pero saldremos muy pronto y volveréis á ver brillar la luz del día.

—¿Y qué es un túnel, papá? preguntó Margarita.

—Un túnel es una galería abierta en las entrañas de una montaña y que sirve para dejar pasar los trenes, evitando así los grandes recodos que tendrían que dar las vías férreas cuando encuentran en su camino obstáculos de esta clase.

—Y costará mucho trabajo abrir un túnel, ¿no es verdad, papá? dijo Antoñito.

—Bastante, hijo mío; por más que en la actualidad, con las grandes y perfeccionadas máquinas perforadoras que se han inventado, han podido realizarse con relativa facilidad obras de esta clase, tan atrevidas, que maravilla el pensarlo tan solo.

En aquel momento salió el tren del túnel, y los niños saludaron con bravos y palmadas la aparición de la luz.

Continuaron su conversación acerca de los túneles y así se les hizo más corto el paso por Despeñaperros, camino todo sembrado de precipicios, y en el cual el tren se aventura á veces sobre puentes tendidos por encima de profundos barrancos, en los cuales, aún más que su profundidad, inspiran gran terror los agudos trozos de roca que, semejantes á afiladas hachas ó tajantes cuchillos, erizan las paredes.

Al fin terminaron los pasos peligrosos y desapareció toda idea de temor del ánimo de nuestros amiguitos. Margarita se separó de la ventana en que iba asomada, y preguntó á su papá:

—¿Quiere usted decirnos, papá, por qué el tren corre más aprisa que los demás coches?

—Esperaba esa pregunta, y procuraré satisfacerla de manera bien clara. El tren, hijos míos, es arrastrado por unas máquinas que se llaman *locomotoras*, y en las cuales la fuerza motriz no es otra cosa que el vapor de agua.



Este fluido, que ya conocéis, pues os hablé de él con motivo de la lluvia, posee una gran fuerza,

que se desarrolla cuando se le comprime en recipientes de bastante resistencia. Esta fuerza, superior á toda ponderación, fué descubierta casualmente por el francés Dionisio Papin al fijar un día en que la tapadera de una marmita puesta á hervir al fuego, saltaba de vez en cuando para dejar escapar una columna de vapor de agua. Este sencillo descubrimiento, arrancado á la naturaleza por Papin, fué la base de innumerables máquinas, que hoy reciben también aplicaciones muy variadas; pues de deducción en deducción y de perfeccionamiento en perfeccionamiento, llegóse á idear y construir el ingenioso y complicado mecanismo que constituye la máquina de vapor. Os he dicho que estas máquinas reciben numerosas aplicaciones, y citaré algunas de ellas. Con máquinas de vapor se mueven los telares en algunas fábricas; las imprentas las utilizan para dar movimiento á sus grandes máquinas, que sería muy difícil mover á mano. En las fundiciones sirven para mover unos grandes martillos, llamados *pilones*, que son con los que se forjan las más enormes piezas de hierro; y, por último, os diré que hasta á las bombas para apagar incendios ha sido útil la aplicación de estas máquinas, porque con ellas se consigue arrojar una enorme cantidad de litros de agua en muy pocos minutos. Creo que con esto ya comprenderéis cuál es la fuerza que anima los ferrocarriles y que hace que sea tan rápida su marcha.

—Muy bien, papá; si lo comprendemos, contestaron los niños.

—Y las barras por donde marcha el tren, ¿para qué sirven? preguntó el niño.

—Pues esas barras, que se llaman *rails*, sirven, hijo mío, para disminuir el frotamiento y hacer más rápida la marcha y suave el movimiento en los trenes.

—¿Y todas las locomotoras andan tan aprisa como ésta que nos lleva? preguntó Margarita.

—No, contestó D. Miguel, las hay de velocidades muy distintas: unas que andan muy despacio y se aplican á los trenes de mercancías, y otras que andan más aprisa que ésta y sirven para arrastrar los trenes expresos y de lujo.

—¿Hay trenes de lujo también, papá? dijo la niña.

—Sí, hija mía; en esto, como en todo, hay más comodidades para el que tiene dinero para procurárselas. Los coches se dividen en tres clases en los trenes ordinarios: coches de primera, que llevan muy cómodos asientos, ahombra y caloríferos en invierno, elegantes cortinillas para quitar los rayos del sol, y en cuyos departamentos se colocan menos personas que en los de las otras clases, á fin de que vayan más cómodamente. Los coches ó vagones de segunda, que son como el que ocupamos, y, por último, los de tercera, que no llevan cortinillas ni los asientos van cubiertos de mullido alguno, siendo, por lo tanto, menos cómodos.

En los trenes expresos sólo van coches de primera y otros que se llaman *berlinas-camas*, cuyos asientos, que forman grandes butacas, se pueden transformar, á voluntad, en verdaderas camas. Llevan, además, un pequeño departamento en cada coche que sirve de tocador; por eso he llamado á esos trenes expresos, trenes de lujo.

—¡Ay! ¡Qué gusto sería viajar en un tren de esos! Cuando yo sea mayor viajaré mucho, y siempre en expreso, dijo Margarita.

—Cuidado, niña, cuidado, respondió D. Miguel, que la afición al lujo puede acarrear grandes males.

Lo mejor es muchas veces enemigo de lo bueno. Para que te convenzas de esta verdad, os voy á contar una historia que deseo no echéis en olvido.

Dos hermanas quedaron huérfanas de padre y madre cuando aún eran niñas. La mayor, llamada Andrea, era una joven formal y estudiosa, de recto juicio y nobles sentimientos; la menor, que se llamaba Luisa, aunque buena en el fondo, era irreflexiva, desaplicada y vanidosa. Poseían estas dos niñas una fortuna bastante crecida, que durante su menor edad administró un tío suyo, y ya antes de poseerla, manifestaban una y otra en sus conversaciones la distinta inversión que habían de darla. Andrea demostraba aficiones modestas y sencillas: quería socorrer á los desgraciados y utilizar sus riquezas para hacer mucho bien. Luisa hablaba sólo de comprar muebles lujosísimos y vestidos y



joyas de gran precio, que causaran envidia á las demás mujeres.

Llegaron al fin estas dos niñas á la mayor edad. Andrea, que había manejado sus bienes con gran discreción y acierto, dió á su hermana los mejores consejos, pero fueron inútiles, porque Luisa se entregó desde luego á las mayores locuras, derrochando neciamente su capital y dejando en poder de modistas y joyeros sumas verdaderamente fabulosas, que de cierto hubieran bastado para hacer felices á muchos necesitados.

Más previsora y prudente Andrea, limitaba sus gastos á los estrictamente necesarios para sostener con decoro su posición; y de este modo, aunque no lucía tan ricos trajes como su hermana, ni tenía amuebladas con tan extraordinario lujo sus habitaciones, era más rica que ella, porque conservaba su capital y aún le sobraban de la renta cantidades suficientes para enjugar las lágrimas de muchas familias desgraciadas.

Sucedió al fin lo que no podía menos de suceder; que al cabo de pocos años Luisa, llena de deudas, tuvo que vender á bajo precio sus muebles y alhajas y recurrir á su hermana para que la socorriese. Andrea, siempre buena y cariñosa, le dió la mitad de su fortuna, aconsejándola que la emplease con más acierto que antes.

Por algún tiempo siguió Luisa los consejos de su hermana, pero no tardó mucho en volver á sus antiguas aficiones, despreciando los que ella llamaba *sermones* de Andrea. Esta, que era generalmente estimada por la severidad de sus costumbres y la rectitud de su carácter, se casó

á poco con un hombre honrado y trabajador, que aumentó notablemente su fortuna, mientras Luisa no pudo conseguir que nadie se fijase en ella, porque los hombres honrados y laboriosos temían marchar á la ruina y á la miseria si se unían á una mujer tan derrochadora.



No tardó mucho tiempo Luisa en dar al traste con la fortuna que le había regalado su hermana, y de nuevo acudió á ella pidiéndola protección; pero Andrea, aleccionada por la experiencia, se limitó á señalar á su hermana una pensión modesta, aunque suficiente á cubrir sus necesidades.

Enfurecida Luisa, rechazó con desprecio lo que su hermana le ofrecía; buscó en la corrupción y en el vicio medios de sostener su insolente lujo, y bien pronto fué la vergüenza y el oprobio de su familia. En vano trató Andrea de hacerla volver al buen camino; su ingrata her-

mana no consintió siquiera en verla. Llena de pesadumbre Andrea, abandonó aquel país y viajó durante algunos años en compañía de su esposo. Cuando regresó, supo con inmensa tristeza que su hermana Luisa, después de recorrer todos los peldaños de la escala del vicio, había muerto en un hospital.

—Ya veis, hijos míos, añadió D. Miguel, que el amor al lujo puede tener, aun para los ricos, tristísimas y desastrosas consecuencias. El que no limita sus aspiraciones á gozar de una vida modesta y tranquila, está siempre, cualquiera que sea su posición, al borde del abismo de la miseria.

Los niños quedaron muy impresionados con la historia que les había referido su papá, y le prometieron no olvidarla. D. Miguel procuró en seguida distraerles de las dolorosas reflexiones á que aquella historia se prestaba, y juntos se entregaron á la contemplación de las bellas campiñas andaluzas, cuyos lindos paisajes aparecían ante su vista á través de las ventanillas del coche.





Capítulo X

AQUELLA misma tarde llegaron nuestros viajeros al pintoresco pueblo á que se dirigían y en donde les esperaba el Sr. Rodríguez, administrador del doctor Calvo, prevenido de antemano, por carta, de la llegada de nuestros amigos. Dicho señor, cuya amabilidad era exquisita, cuidó con gran esmero de los equipajes de los viajeros. Hizo que éstos descansaran en su casa breve rato, y les ofreció una suculenta, aunque modesta comida, que reparó en gran parte las fatigas del viaje. Terminada ésta, les preguntó si se hallaban dispuestos á continuar la marcha hacia la quinta, ó si preferían dormir allí aquella noche; y como doña Matilde manifestara que ella por su parte no se sentía demasiado fatigada, y que juzgaba más conveniente terminar de una vez el viaje, se ocupó en disponer lo necesario para ello. Al poco rato avisaron que podían marchar, y se encaminaron todos á la playa, desde donde gozaron un espectáculo encantador y sublime.



El Sr. Rodriguez saluda a los viajeros.

« Hallábase situado el pueblecillo aquél á la orilla del mar y en el extremo de una hermosa bahía que en forma de herradura hacian allí las aguas del Océano. A la derecha del pueblecito se extendía un dilatado arenal que terminaba hacia el centro de la herradura en una frondosa vega llega de huertas y árboles. En la costa de enfrente, y al pie de altas colinas, se destacaban entre el verde follaje, que allí era muy espeso, unas cuantas casitas blancas. El Sr. Rodríguez señaló hacia una de ellas, indicando que aquella era la finca del doctor, y que con objeto de llegar más pronto, evitando el rodeo que habría que dar á la tierra, iban á ir á ella embarcados en una de las barquillas que allí próximas se balanceaban. Antoñito, que estaba bien impuesto en geografía, explicó á su hermana que aquel mar que se extendía ante su vista y cuya inmensidad fuera de bahía se confundía en los remotos límites del horizonte con el cielo, separándose en una línea dificilmente perceptible, era el Océano Atlántico, que mide más de dos mil leguas de anchura y que separa á Europa de América.

—Tardarán muchos meses en atravesarlo los buques, ¿no es verdad? preguntó Margarita.

—No, hija mía, dijo D. Miguel: los buques hacen hoy esa larga travesía en quince días tan solo, y aun podrían hacerla en menos tiempo. La teoría de la presión del vapor, que os expliqué cuando veníamos por el ferrocarril, es enteramente aplicable á los buques; y éstos, impulsados por la gigantesca fuerza del vapor de agua, pueden desafiar el furor del viento y de las olas y surcar el Océano con la misma velocidad con

que el tren expreso camina por la tierra. Con los grandes medios de comunicación que la ciencia ha puesto en nuestros tiempos al alcance del hombre, se puede dar la vuelta al globo que habitamos en poco más de sesenta días.

—Entonces el mundo debe ser más pequeño de lo que yo me figuraba.

—No, hija mía; el planeta que habitamos es muy grande, pues mide cerca de cuarenta mil kilómetros de circunferencia: lo que hay es que los hombres han resuelto el problema de recorrer en poco tiempo grandes distancias.

Llegó en esto el momento de embarcarse, y una vez dentro de la barca, llamó poderosamente la atención de los niños el observar que en un^a roca inmediata al agua se encontraban adheridos á no pequeña altura multitud de mariscos y de conchas. No pudiendo explicarse como podían haber salido fuera del mar aquellas conchas, rogaron á su papá que les diese la explicación de lo que era para ellos un misterio.

D. Miguel entonces les explicó que las aguas del mar se retiran dos veces al día hacia el interior, abandonando en parte las costas, y que á este fenómeno se denomina *marea*, llamándose *flujo*, ó marea alta, el momento en que las aguas invaden las playas, y *reflujo*, ó marea baja, el momento contrario, ó sea cuando se retiran, y les manifestó que al momento de retirarse hacia el interior el agua del mar, abandona sobre las playas multitud de conchitas y mariscos, muchos de los cuales vuelve á recoger después.

En tanto, los marineros habían empezado á bogar, esto es, á mover los remos, que son unos grandes palos que terminan por un extre-

mo en forma de pala, y los cuales, al ser sumergidos en el agua y recibir el impulso de los marineros, hacen andar la embarcación.

Apenas se hubieron separado un poco de la orilla izaron las velas de la barquilla, la cual



adquirió una rápida marcha, llegando felizmente, en poco más de un cuarto de hora, á la opuesta playa.





Capítulo XI

ERA ya de noche cuando la familia de D. Miguel llegó á la quinta que había puesto á su disposición el doctor Calvo, y que administraba el Sr. Rodríguez. Éste, con su acostumbrada amabilidad, enteró minuciosamente á nuestros amigos de la disposición del edificio; les enseñó todas sus habitaciones y departamentos, entre los que figuraban un hermoso jardín, y les presentó á la servidumbre de la finca, para que fuesen considerados como amos durante el tiempo que allí permaneciese.

Dofia Matilde y Margarita recibieron una gratísima sorpresa al ver en la sala un magnífico piano, que la galantería del doctor Calvo había puesto á su disposición mientras permaneciesen en la quinta. En el cuarto destinado á D. Miguel había una selecta biblioteca, y, por último, el Sr. Rodríguez entregó á Antoñito un Atlas geográfico, un estuche de matemáticas y varios juguetes instructivos, entre los que se encontraban algunos mapas á modo de rompecabezas, ó sea con las provincias separadas, para que el niño pudiera mirirlas y aprender bien su forma y confines; un tren chiquitín que se movía echando agua en una pequeña caldera.

calentándola con espíritu de vino, y un pececito con la boca de acero que, colocado en el agua, marchaba en la dirección que se quería, acercándole una barrita de imán.

D. Miguel explicó á los niños que el imán es una piedra negra y metálica que tiene la propiedad de atraer el hierro y el acero, comunicándoles, mediante un largo contacto, sus virtudes atractivas. Les dijo además que una aguja de acero, tocada por la piedra imán y colocada de modo que pueda dar vueltas fácilmente, señala siempre por uno de sus extremos al Norte; propiedad preciosa que se ha utilizado en la navegación, pues las brújulas ó agujas de marear por las que los marinos determinan el rumbo del buque no son otra cosa que una agujas imantadas.

Sobre la elegante cajita que contenía los juguetes que hicieron latir de felicidad el corazón del niño, había colocado el doctor una tarjeta con las siguientes líneas: «Á mi buen amiguito Antonio, en recompensa de su generoso acto y como estímulo para que se aplique como hasta hoy y llegue á ser un hombre de provecho.» Margarita recibió una hermosa y elegante muñeca, una casita de juguetes con todos sus muebles y cacharritos correspondientes, y un bonito abanico.

Los niños no cabían en sí de alegría, y en cuanto á D. Miguel, conmovido por las bondades de su buen amigo, escribió al doctor una larga y sentida carta, en que le manifestaba su agradecimiento.

Margarita estaba contentísima con su muñeca, y á la verdad no le faltaba razón para ello, pues aquel juguete era precioso: podía doblarse de tal modo, que se sentase y se arrodillase, y decía: *papá* y *mamá*, cerraba y abría los ojos y, por último, tenía cuatro trajes distintos, á cual más bellos.

—¡Ay, papá! dijo Margarita, cada vez más entusiasmada con el hermoso presente que había recibido: ¡qué bueno es el doctor y cuánto debo quererle, ya que tan bellos juguetes me regaló!

Sí, hija mía, es un señor muy digno de cariño y

muy bondadoso; pero no debes quererle únicamente porque te haga regalos, porque entonces darías muestras de ser interesada, y este es uno de los defectos más feos que pueden tener los niños, aunque muy frecuente en ellos.

—Bien, papá; pero tanto usted y mamá como mi buena maestra me han dicho siempre que debemos agradecer los beneficios que recibimos.

—Perfectamente, Margarita; debemos ser agradecidos porque la ingratitud es un verdadero crimen, pero no debemos esperar á que las personas nos hagan favores para quererlas, porque en ese caso daríamos pruebas de refinado egoísmo y convertiríamos nuestras afecciones en un objeto de comercio. Para que comprendas bien esta idea, voy á referirte una historia que deseo no olvides.

Un señor inmensamente rico había quedado viudo con dos hijas, llamadas Rosalía y Carmen.

Amaba mucho á las dos, pero prefería á la primera, que hacía verdaderos extremos para manifestarle su cariño. El buen padre, lisonjeado por las vehementes demostraciones de Rosalía, le hacía continuos regalos, la compraba los más ricos vestidos y los más preciosos juguetes, por lo que esta niña estaba muy orgullosa y ufana. Carmen, en cambio, no recibía sino juguetes de poco valor, porque no sabía hacer tantas zalamerías como su hermana para probar á su buen papá lo mucho que le quería. Las apariencias engañan mucho en este mundo, especialmente á las personas poco observadoras que no penetran en el fondo de los caracteres; y el padre de las dos niñas, como tantos otros, se dejó alucinar por vanas demostraciones y creyó que Rosalía le quería mucho más que Carmen, cuando precisamente sucedía todo lo contrario. En efecto; Rosalía, dotada de un carácter hipócrita é interesado, fingía á su padre un cariño vehementísimo, porque sabía que de este modo le compraría juguetes y golosinas, la llevaría á los teatros y le proporcionaría todo género de distracciones. En cambio Carmen,



El buen padre amaba mucho á las dos.

incapaz de hacer los extremos de su hermana, quería y respetaba á su padre sinceramente y con todo su corazón; no sentía ni manifestaba el menor disgusto por la postergación de que era objeto, y como era noble y buena, porque escuchaba y cumplía los consejos de su maestra, no tenía la menor envidia ni dejaba de quererla, aunque ésta, que era tan orgullosa como holgazana, le mostraba desvío y desdén.

Llegó un día en que el papá de estas niñas cayó enfermo, y entonces fué cuando se puso á prueba el cariño que le profesaban Rosalía y Carmen, pues mientras la primera no dejó de entretenerse con sus amiguitas y sus muñecas, á pesar del sentimiento que la inspiraba la enfermedad de su padre, Carmen fué para él la mejor de las enfermeras, le prodigó los más solícitos cuidados, veló su sueño y no dejó de rogar á Dios, en sencillas y fervientes oraciones, que devolviese la salud á aquel que le había dado la vida y por el cual habría ella dado gustosa la suya.

Gracias principalmente á los cuidados de Carmen recobró el papá la salud, y cuando ya estaba convaleciente y podía conocer á sus hijas, tuvo buen cuidado Rosalía de colmarle de atenciones. Como por su parte Carmen no gustaba de vanagloriarse por el cumplimiento de su deber, siguió el buen señor en su engaño, sin distinguir el oro del oropel y convencido de que Rosalía era la que más le amaba.

Pasaron los años, las niñas llegaron á ser unas lindas jóvenes, y como á su belleza reunían considerable fortuna, las rodearon muchos pretendientes. Rosalía se casó con un hombre de tan buena apariencia como mala conducta, que la engañó con dulces lisonjas, como ella había engañado á su papá. Este, que ya era anciano, la dió excelentes consejos para apartarla de su propósito; pero fueron inútiles, y con gran amargura hubo de consentir en un enlace que no creía conveniente.

Deseoso de asegurar el porvenir de su hija, á quien seguía amando con toda su alma, á pesar de su desobediencia, la dió la mitad de su fortuna.

Carmen, lejos de imitar el ejemplo de su hermana, no quiso casarse por no abandonar á su padre, que empezó ya á comprender lo que valía el corazón de la hija á que menos afecto había hasta entonces tenido.

Pasado algún tiempo, tuvo el anciano varios reveses de fortuna y se vió reducido á la pobreza. Pidió entonces á Rosalía que le socorriese, exponiéndole su triste



situación, pero no obtuvo el menor auxilio de esta hija desnaturalizada. Mientras tanto Carmen, sin mostrarse apesadumbrada por la triste situación á que se veían reducidos, supo confortar el abatido espíritu de su padre, sujetó la casa á un severo y riguroso orden de economía, desempeñó por sí misma los quehaceres domésticos y atrajo sobre su cabeza las bendiciones del anciano, que sólo entonces comprendió bien la diferencia que existía entre el cariño interesado de Rosalía y el afecto desinteresado y sincero de Carmen.

Por fortuna, después de dos años de privaciones y angustias, en que no mereció de Rosalía la más insig-

nificante atención, logró el padre de estas dos jóvenes de tan opuestos caracteres, rehacer buena parte de su antigua riqueza, precisamente cuando Rosalía, abandonada y empobrecida por su marido, empezaba á sentir los horrores de la escasez. Entonces volvió á recurrir á su padre y trató de engañarle nuevamente con sus fingidas demostraciones de carifio; pero nada consiguió, porque el anciano conocía ya la falsedad de su alma, y aunque no dejó de socorrerla, la apartó de su lado.

Para terminar, hija mía: Carmen permaneció con su padre hasta que éste murió, colmándola de bendiciones; dió parte de su fortuna á Rosalía, aunque estaba segura de que ésta no había de agradecerla su desprendimiento, y se casó con un hombre laborioso y honrado, que supo aumentar considerablemente sus bienes y la hizo dichosa. Rosalía, en cambio, no lo fué nunca, porque aunque tenía lo suficiente para vivir, estaba consumida de envidia al contemplar la fortuna y felicidad de su hermana; así es que fué la más desgraciada de las criaturas.

Creo, hija mía, que ahora comprenderás bien la diferencia que hay entre el carifio verdadero y el carifio interesado, y no querrás imitar á Rosalía, midiendo tu afecto á una persona por los beneficios ó dones que de ella recibas.

—Lo he comprendido bien, papá, dijo Margarita; debemos dar nuestro carifio á quien lo merece; pero no venderlo ni fingirlo por fines interesados.

—Perfectamente, Margarita, porque este carifio no es tal carifio, sino una farsa indigna, que más pronto ó más tarde se descubre y tiene un castigo tan merecido como terrible.

Después de referida esta historia, que causó á la niña profunda impresión, anunció un criado que la cena estaba en la mesa; y el Sr. Rodríguez, á instancias de don Miguel, les hizo compañía y pasó con ellos un gran rato hablando de asuntos de la población cercana y haciéndoles útiles advertencias. Se despidió al fin ha-

En el siguiente día, rezaron los niños sus oraciones, se acostaron, y bien pronto un sueño reparador y tranquilo les proporcionó el descanso que necesitaban después de las gratas y variadas emociones del viaje.

El primer cuidado de Margarita, apenas despertó al siguiente día, y después de saludar á sus papás, fué bajar al jardín, donde se extasió contemplando las hermosas flores que en artísticos grupos le engalanaban.



El jardinero, que era un bondadoso anciano á quien gustaban mucho los niños, se acercó á Margarita, y observando la ansiedad con que miraba las flores, le regaló un pequeño ramito, compuesto de rosas, violetas, pensamientos y geranio, coronando en medio una vara de nardos de fragante aroma. En seguida la paseó por todo el jardín explicándole las cualidades de las principales flores que en él se cultivaban. La mostró encantadoras dalias blancas, amarillas y carmeas; rosas blancas, amarillas y de color grana; azucenas que con sus blancos colores parecían la imagen de la pureza y que embalsamaban el ambiente con sus perfu;



Sus padres la colmaron de caricias.

mes; grandes macizos de jacintos y narcisos; claveles magníficos de todos colores; fragantes violetas ocultas entre la hierba; pensamientos aterciopelados semejantes á enormes mariposas; adelfas que parecían formadas de sonrosados crespones; lirios de bello color morado; hortensias de color rosa pálido y de penetrante aroma; peonías de variados matices; guisantes de olor; camelias que formaban una especie de piñas, compuestas de multitud de florecillas; alelíes; magnolias delicadísimas, y otras mil y mil plantas á cual más lindas, con muchas de las cuales formó un gran ramillete destinado á doña Matilde. Margarita seguía verdaderamente embelesada, las explicaciones del jardinero, que la condujo luego á un pequeño invernadero ó estufa, en que crecían algunas flores muy delicadas, como tulipanes, camelias y miosotis. Después la enseñó las plantas trepadoras que cubrían las tapias del jardín, en que se encontraban la madreselva, el jazmín, las campánulas, la rosa de pasión y la hiedra, y, por último, la hizo conocer los principales árboles que daban sombra y frescura al jardín, entre los que figuraban naranjos, cuyas flores de azahar embalsamaban el ambiente, limoneros, acacias, y algunas palmeras enanas, que daban á aquel delicioso sitio un indefinible encanto.

Cuando la niña regresó al lado de sus papás, que la esperaban para almorzar, entregó á doña Matilde el magnífico ramillete que había preparado para ella el jardinero, y fué colocado en medio de la mesa. Sus padres la colmaron de caricias y la prometieron regalarla varios cortes de seda para que preparase algunos vestidos á la muñeca, demostrando así la habilidad que había adquirido en las más difíciles labores.



Capítulo XII

LA estancia de la familia de D. Miguel en la preciosa quinta del doctor Calvo era una serie no interrumpida de diversiones; doña Matilde recobraba por momentos la salud; los baños la probaban perfectamente, y su rostro volvía á adquirir el buen color que desde algunos meses antes había perdido. Margarita y Antonio se habían robustecido notablemente y cada excursión que en compañía de don Miguel y de su mamá hacían á los pueblecillos de la costa, era para ellos un manantial de dulces impresiones. D. Miguel era el que deseaba más vivamente, aunque no lo decía, que regresasen á Madrid; pues acostumbrado á una vida laboriosa y útil, se sentía fuera de su centro y deseaba reanudar sus trabajos. Todos los días escribía á su amigo el doctor, quien por su parte le aconsejaba no precipitase su regreso hasta tanto que el restablecimiento de doña Matilde estuviera bien asegurado. Por lo demás, D. Miguel se sentía dichoso al ver que su esposa obtenía tan excelentes resultados de su viaje y al contemplar la alegría de sus niños, para quienes la quinta era un verdadero paraíso terrenal. Todas las tardes salía á pasear con ellos por la

arenosa playa y se complacía escuchando sus infantiles observaciones.

—Uno de los espectáculos que más admiraban á Margarita era la puesta del sol, que al ocultarse en el horizonte parecía sumergirse en el inmenso espejo líquido formado por las aguas del Océano.

—¿Adónde va el sol cuando desaparece de nuestra vista, papá? preguntó la niña una tarde que había salido sola con D. Miguel.



—El sol no se mueve, hija mía, ó al menos no podemos advertir su movimiento; el planeta que habitamos es el que gira alrededor del Sol.

—Pues yo veo que todos los días atraviesa el firmamento, saliendo por Oriente y poniéndose por Occidente.

—Es verdad, hija mía; pero ese movimiento del sol es una ilusión de tus sentidos, igual al que padecías cuando al ir en el tren te figurabas que los árboles y las montañas corrían hacia el encuentro del carruaje, cuando en verdad sucede lo contrario. El globo que

habitamos es de forma esférica, y tiene dos movimientos principales: uno alrededor del Sol, en que invierte un año, y otro en derredor de sí mismo, ó de su eje. Este movimiento constituye los días y se realiza en veinticuatro horas.

—Explícame con más claridad ese último movimiento, papá, porque no comprendo lo que es eje ni cómo puede moverse la Tierra en torno de sí misma.

—Ahora lo comprenderás fácilmente, dijo D. Miguel cogiendo una naranja y atravesándola con un palito desde la parte superior á la inferior. Suponte que esta naranja es el globo que habitamos; pues bien, las partes superior é inferior, que están ligeramente aplastadas, serán los polos y ésta varita que los atraviesa, el eje, sobre el cual puede girar perfectamente la naranja, del mismo modo que las ruedas de un coche sobre el punto central en que convergen sus rayos. Para que ahora comprendas la causa del movimiento aparente del Sol, basta que coloquemos un cuerpo cualquiera á cierta distancia de la naranja y le mantengamos fijo mientras hacemos girar aquélla sobre su eje. Supongamos que el Sol es esta moneda de cinco pesetas: tenla fija y observa cómo, al hacer yo girar la naranja, va presentando á la moneda todos sus puntos sucesivamente. Este ejemplo sería aún más claro si cambiásemos la moneda por una luz cualquiera, por ejemplo, la de una bujía. Resulta evidentemente que, en un momento dado, media naranja estará bañada en luz y la otra media quedará en la sombra, ó, lo que es igual, en una mitad será de día y en la otra de noche.

Ahora bien; si la naranja tuviera habitantes tan pequeños que no pudieran sentir el movimiento de la misma, como nos pasa á nosotros con el de la Tierra, les parecería que se movía la moneda, así como nosotros nos hacemos la ilusión de que el Sol se mueve cuando es nuestro globo quien lo efectúa con una velocidad que no baja de cinco leguas por minuto.

Sentáronse á la orilla de la playa, y preguntó D. Miguel á Margarita



—¿Has comprendido mi explicación?

—Perfectamente, papá; pero lo que no comprendo es cómo siendo el Sol tan pequeño y la Tierra tan grande, tiene aquel astro fuerza para hacerla girar en torno suyo.

—Te engañas, hija mía; el Sol es mucho mayor que el globo que habitamos, y si desde aquí le ves tan pequeño, es porque está situado á una enorme distan-



cia de nosotros: á doscientos millones de kilómetros. Si pudieras contemplar la Tierra desde el Sol, te parecería una estrella pequeñísima.

—¿De modo, papá, que todas las estrellas que vemos en el cielo son mucho mayores que lo que nos parecen desde aquí?

—Sí, hija mía. Todas esas estrellas son mundos inmensos, y en su mayor parte luminosos como el Sol que nos alumbrá. Si desde aquí se ven tan pequeños, es porque los separan de nosotros distancias tan enormes, que apenas pueden concebirse. Para que formes ideas de esas distancias, bástete saber que recorriendo

que setenta y siete mil leguas por segundo, hay estrellas que tardan millares de años en enviar sus reflejos á la Tierra. El mismo Sol tarda algo más de ocho minutos en enviarnos sus rayos; de modo que si se apagase de pronto, aún seguiríamos viéndole brillar sobre el cielo durante ocho minutos.

—Y la Tierra, ¿no tiene luz propia? preguntó Margarita.

—No, hija mía, no tiene otra luz que la que recibe del sol y de las estrellas; pero ésta última es tan insignificante, que no basta á disipar las tinieblas de la noche.

—¿Y la luz de la Luna?

—La luz de la Luna no es otra cosa que la del Sol reflejada por la superficie del astro de la noche. La Luna, del mismo modo que la Tierra, carece de luz propia, y sólo la vemos brillar en el cielo cuando nos presenta el hemisferio iluminado por el Sol.

—¿Es tan grande la Luna como el Sol? preguntó Margarita, á quien interesaban grandemente las explicaciones de su papá.

—No, hija mía, es mucho más pequeña, hasta el punto de que siendo el globo que habitamos un millón cuatrocientas mil veces más pequeño que el Sol, se necesitarían cuarenta y nueve lunas para igualar al tamaño de la Tierra.

—Entonces, ¿cómo es que nos parecen del mismo tamaño el Sol y la Luna?

—Porque la Luna está cuatrocientas veces más cerca de nosotros que el Sol. Si éste llegase á aproximarse á la misma distancia que el astro de la noche, cubriría por completo el cielo; y si, por el contrario, la Luna se alejase del mundo á la misma distancia que el Sol, sería enteramente invisible para nosotros.

—Y dime, papá: ¿cómo se sostienen las estrellas en el cielo sin caer unas sobre otras?

—Por la sabiduría de Dios, hija mía, que ha sometido á los astros á dos fuerzas iguales en intensidad y contrarias en dirección, á saber: la fuerza atractiva que los impulsa á precipitarse unos sobre otros, y la repul-

siva, que tiende á alejarlos. Estas dos fuerzas se llaman respectivamente *centrípeta* y *centrifuga*, y son las que hacen que los planetas giren sobre los soles, en vez de caer en ellos, y mantienen de este modo la armonía de la creación. Cuando se mete una piedra en una honda y se le da vueltas, es cuando se nota la existencia de esas dos fuerzas, que obran, no sólo sobre los astros, sino sobre todos los cuerpos, por pequeños que sean. Para terminar, hija mía, te diré que los astros que tienen luz propia, ó sean los soles, están en estado incandescente, como las brasas encendidas, y por esta causa, al mismo tiempo que manantiales de luz, son manantiales de calor. Las investigaciones de la ciencia han demostrado que la luz, el calor y la electricidad son la misma cosa, ó, lo que es igual, formas ó manifestaciones diversas de un mismo agente.

Margarita había quedado pensativa y silenciosa: el cielo, que se presentaba antes á su imaginación como una cortina de raso azul tachonada de puntitos de plata, aparecíale ahora como un espacio inmenso en que cada estrella era un mundo de luz; una isla mágica flotando en el mar del infinito. Su papá le oyó murmurar algunas frases.

—¿En qué piensas? la preguntó cariñosamente.

—Estaba rezando, papá, porque nunca me ha parecido Dios tan grande como en estos momentos en que empiezo á comprender la majestad de sus obras.

D. Miguel, conmovido, estrechó á su hija entre sus brazos y la colmó de besos.

Poco tiempo después llegaron á la quinta, donde les esperaban doña Matilde y Antofito para la cena.

Capítulo XIII

ENTRE las hermosas flores del jardín de la quinta en que Margarita pasaba todos los días algunas horas, había una que le agradaba extraordinariamente, y era una magnífica azucena de elevado

y airoso tallo y de fragante aroma. El día en que la niña vió esta flor, que descollaba entre todas las que la rodeaban por su arrogante altura y por su belleza, fué muy alegre, y batiendo las palmas, á dar parte á su mamá de su descubrimiento.

Al día siguiente la flor se ostentaba aún más desarrollada y más bella, y creció con este motivo la alegría de Margarita. Es difícil explicar hasta qué punto había tomado cariño á aquella azucena.

Continuamente bajaba al jardín para admirarla y aspirar su perfume.



Pero al tercer día cambió el tiempo. Hacía ya mucho que no llovía. El sol no se dejó ver, sobrevino un furioso viento, y después la lluvia, acompañada de su temible cortejo de truenos y de relámpagos. No dejó de llover en todo el día y parte de la noche.

Cuando á la siguiente mañana pudo Margarita salir de la quinta para volver á ver á su querida azucena, encontró su hermosa flor abatida sobre el tallo, que había sido doblado por el viento, y toda estropeada por la lluvia. El sentimiento que experimentó al ver á su pobre florecilla fué tan hondo, que ella también, como abatida por el huracán del dolor, inclinó la hermosa cabeza sobre el pecho y derramó amargas lágrimas.

Su mamá, que la vió en tan triste actitud, corrió inmediatamente á su lado y la preguntó por qué lloraba. Contóla Margarita el caso y prorrumpió en acerbas lamentaciones contra el temporal, que había hecho á su querida azucena tanto daño.

Entonces la mamá, con dulce sonrisa en los labios, habló así á Margarita:

Haces mal, hija mía, en acusar al viento y la lluvia por haber estropeado esa flor. Mira; si no fuera por el viento, que lleva por do quiera las semillas de las flores, tú no verías nacer tantas por todas partes; si no fuera por el agua que refresca y humedece la tierra y las plantas, el calor del sol quemaría todas las cosas. Hacía ya mucho tiempo que no llovía. Si la sequía hubiese durado más, tu flor habría muerto abrasada, después no habría nacido ninguna y todo el campo hubiera quedado agostado; así es que la cosecha sería escasa y los pobres habrían padecido mucha hambre. Aprende, hija mía, á soportar tranquila esta pequeña contrariedad. Hay muchos casos en que lo que para nosotros es un disgusto, se traduce en inmensa ventaja para nuestros semejantes.

Estas juiciosas y flexiones de doña Matilde consolaron á Margarita de la pérdida de aquella hermosa azucena.

Por la tarde bajó la niña al jardín en compañía de su hermano Antofito y se entretuvo un buen rato viendo de qué modo guiaba éste en el agua de la fuente el pececito imantado que le había regalado el doctor. En esto llegó el cartero, que además de los periódicos y cartas entregó á D. Miguel un telegrama expedido aquella mañana en Madrid por el jefe de su oficina y en que le rogaba este señor apresurase en lo



posible su regreso, pues asuntos urgentes de su oficina reclamaban su pronta presencia allí. D. Miguel envió respuesta por el mismo conducto, fijando su vuelta para dentro de tres días. Los niños, que no habían perdido punto de la conversación que con este motivo sostuvo D. Miguel con su esposa, quedaron asombrados al oír que el despacho telegráfico había sido puesto en Madrid aquella mañana, y llenos de curiosidad esperaban la ocasión de preguntar cómo podía ser aquello. La primera que habló fué Margarita, la cual, luego que hubo marchado el cartero, se acercó á su papá y le preguntó:

—Pere, papá, ¿no habrá equivocación en ese parte? ¿Cómo es posible que haya sido puesto en Madrid esta mañana, como usted acaba de leer?

—No, hija mía, no hay error alguno en ello: este telegrama ha sido expedido en Madrid á las 8 y 45 minutos de la mañana; y por cierto que aún le habríamos recibido aquí más temprano si no hubiera tenido que perder tres ó cuatro horas para venir hasta aquí en el correo. El telégrafo, hijos míos, es el medio de comunicación más rápido conocido hasta el día.



—¡Ay, papá, yo desearía que nos explicase usted lo que es el telégrafo! exclamó Antoñito.

—Ya sabes que yo nunca me niego á esos nobles deseos de instruiros que me manifestáis.

La palabra *Telégrafo*, que viene de dos voces griegas, significa hablar ó comunicar á distancia. No os referiré los medios á que desde la antigüedad más remota han apelado los hombres para transmitirse rápidamente las noticias de interés, y os diré solo que el telégrafo eléctrico data de principios del siglo XIX; es aquél

en el que se aprovecha la electricidad como medio de transmitir signos que luego se traducen en palabras; esto se consigue por medio de unos ingeniosos aparatos que se llaman *transmisor* y *receptor*, y de los cuales hay uno de cada clase en cada oficina telegráfica. Ahora bien: hecha una señal en el transmisor en una estación, se comunica la electricidad por esos alambres que habéis visto colgados á los lados de la línea férrea y que se llaman los *conductores*, llegando inmediatamente al receptor de la otra estación. Este es el único y relativamente sencillo mecanismo del telégrafo, que tan maravillosos servicios presta hoy á la humanidad, abreviando considerablemente las distancias para las relaciones entre los hombres.

—Pero, papá, interrumpió Margarita, nos has dicho que la electricidad llegaba inmediatamente á la otra estación, y ya supongo que eso será cuando se trata de distancias pequeñas, pero no cuando sean tan grandes como la que hay desde aquí á Madrid.

—Hija mía, la velocidad de propagación de la electricidad es tan grande, que los cientos de kilómetros que nos separan de Madrid no son para ella sino una ínfima parte del camino que puede recorrer en un segundo; para que lo comprendáis bien, os diré que si un hilo telegráfico partiendo de un punto cualquiera del globo terrestre diese dos veces la vuelta á éste antes de volver al punto de partida, la electricidad no tardaría más que un segundo en recorrer la extensión de dicho hilo.

—¿Sabes, papá, que eso es maravilloso? exclamó el niño.

—Sí, hijo mío, sí, maravilloso es, en efecto; pero el Universo está lleno de maravillas semejantes, que sólo esperan, para ser útiles, que hombres estudiosos vengan á descubrirlas y darlas aplicación.

La electricidad, ese agente maravilloso que de nuestros antepasados fué sólo conocido en las tormentas, recibe actualmente numerosas y útiles aplicaciones; pues con él se escribe por telégrafo, se habla por te-

léfono, nos alumbramos con la luz eléctrica y hasta la medicina efectúa con él maravillosas curas.

Con esto terminó la conversación de aquella tarde, quedándose los niños muy satisfechos de las explicaciones del papá.





Capítulo XIV

VEINTE días habían transcurrido desde los acontecimientos que hemos referido en el capítulo anterior, y encontramos ya instalada en Madrid á la familia de D. Miguel. Estamos á 29 de Septiembre, y en dicho día nótase algo de extraordinario en aquella casa. La criada había salido varias veces á la calle, la primera en compañía de doña Matilde y las restantes sola, pero volviendo siempre cargada, ya con cestas, ya con voluminosos paquetes.

Doña Matilde y Margarita se ocupan en arreglar y adornar las habitaciones, cuya limpieza general se había verificado por la mañana. En el momento en que las presentamos á nuestros lectores trabajaban afanosas en la colocación y arreglo de grandes cortinones blancos, de los llamados de punto de crochet, los cuales daban á la modesta sala de recibo un aspecto lindo y coquetón, que hacía resaltar aún más el efecto de la modesta sillería de imitación de palo santo, destacándose sobre la blanca estera del junio más fino. Los dos grandes espejos colocados sobre el entredós* y el sofá, reflejaban sobre dos lunas de agradable conjunto aquel sencillo, pero lindo ajuar.

—¡Ya están todas! exclama doña Matilde lanzando un suspiro de satisfacción al recoger con sus rojos cordones la última cortina blanca. ¿No te parece, Margarita, que está muy bien así nuestra salita?

—¡Oh, sí, mamá! contestó la niña; pero creo que aún falta alguna cosa; y muy importante, por cierto.



—No acierto á comprender cuál, repuso su madre, pues no sé qué otra cosa podemos colocar aquí que no resulte fuera de su sitio.

—Muy pronto vas á verlo.

Y así diciendo se dirigió al balcón, del cual tomó algunos tiestos con lindas flores. Los forró con fundas de colores y colocó todos ellos sobre el entredós, disponiéndolos en forma de pirámide, valiéndose de varias pequeñas cajitas de diversos tamaños. Luego que estuvieron arregladas, dejó ver una sonrisa de satisfacción y dirigióse á su mamá preguntando:

—¿Qué tal? ¿Te ha gustado mi idea?

En contestación, doña Matilde colmó de besos á su hija y la felicitó por el excelente estado de su colec-

ción de tastos de flores, que cuidaba con gran esmero,

Como si la terminación del arreglo hubiera sido una señal convenida, se oyó en seguida llamar á la campañilla, y la criada anunció que las señoras de Berrubianco deseaban pasar á verlos. Dió orden doña Matilde de hacerlas entrar, y pronto un caballero, acompañando á dos señoras, estuvieron en el salón. Antes que dichos señores terminaran su visita, entraron otras personas, y así ocurrió distintas veces.



¿Á qué obedecía el arreglo tan minucioso de la casa, coincidiendo con la visita de los amigos? preguntarán nuestros lectores. Pues sencillamente á que aquel día era el Santo del papá.

Los niños se habían levantado bien temprano, y su primer cuidado fué ir á saludar á don Miguel, al que desearon, con las más cariñosas frases, un día felicísimo y largos años de vida.

Mucho agradeció éste la delicada atención de

sus hijos, manifestándoles que, como día extraordinario, quería llevarlos á paseo aquella tarde.

Llegó la hora del almuerzo, y no faltó su platito extraordinario y postres de pastas finas, dispuesto todo por doña Matilde en obsequio de su esposo.

Á la tarde invitó D. Miguel á la familia para salir; pero doña Matilde y Margarita se excusaron pretextando que aún podían venir algunas visitas y que debían quedarse para recibirlas. Algún trabajo costó disuadir á D. Miguel; pero al fin éste se conformó con salir solo con Antofito, pensando que á la noche no tendrían esas excusas.



Era el dia del Santo de D. Miguel.

Dejemos pasear al papá y al niño, los cuales se divertieron mucho en el paseo, y veamos lo que entre tanto hacían doña Matilde y su hija.

Su primer cuidado fué cambiar los nuevos vestidos que se habían puesto por otros más usados, y ciñéndose blancos mandiles, se fueron á la cocina.

Margarita, dirigida y auxiliada por su mamá, preparó con gran acierto una gallina en pepitoria, y cuando ésta estuvo hecha, se dedicó á hacer una fuente de huevos á la nieve. Este plato casero, cuya vista debe ser buena para que esté bien hecho, salió perfectamente á la niña. La mamá la felicitó por ambas cosas y continuó en la cocina, auxiliada por la criada, terminando la preparación de la comida, mientras Margarita, satisfecha, fué á cuidar sus flores, con las que estuvo ocupada toda la tarde.

Ya empezaba la noche á extender sus sombras, cuando regresaron D. Miguel y Antoñito de su paseo. El niño contó á su hermana que se había divertido mucho y que había hecho mal en no ir.

—No lo creas, le contestó la niña; también yo he aprovechado mi tiempo.

Ya sabemos cuánta razón tenía la niña para decir esto.

Luego que llegó la hora habitual de la comida, se dirigieron todos al comedor y quedaron sorprendidos con el lindo aspecto que presentaba la mesa. Sobre ella se extendía blanco mantel, y se hallaba cubierta con sumo gusto. La vajilla rameada de flores, que de ordinario permanecía guardada, había sido colocada aquel día, así como los cubiertos de plata. Delante de cada plato había un par de copas, y en la mayor de ellas, artísticamente plegada, una blanquísimaservilleta. Entre los pliegues asomaban pequeños *bouquets* de lindas flores. Los de doña Matilde y don Miguel los había compuesto Margarita con violetas que rodeaban un nardo colocado en el centro; y los de su hermano y ella los formaban lindos geranios rojos con su nardo también en medio.

El centro de la mesa lo ocupaba casi todo un artístico macizo de plantas que la niña había formado con sus tiestos, recubriéndolos de musgo y cubriendo con ellos los intersticios. El resto de la mesa estaba ocupado por algunas botellas de vino, platos pequeños con entremeses y dos candelabros en los que brillaban seis bujías que aumentaban con su claridad la de la lámpara del comedor, pendiente sobre la mesa, y contri-



buan á dar mayor esplendor á todo aquel lindo conjunto.

D. Miguel se manifestó en extremo sorprendido de aquel lujo de detalles y buen gusto, expresando á doña Matilde lo mucho que le agradaba todo ello. Entonces ésta, señalando á Margarita, dijo:

Ahí tienes á la autora de todo esto. Ella es la que me ha querido preparar todo y la que ha sabido hacerlo de manera tan brillante.

Entonces el papá fué hacia la niña, y cogiendo su linda cabeza, estampó en su frente carifiosos besos, premio muy merecido á su talento.

Empezó la comida, y con ella para D. Miguel una

serie de sorpresas culinarias de doña Matilde, la cual se había esmerado en todo. Llegó su turno, al cabo, á la pepitoria, y después que todos hubieron elogiado tan succulento plato, declaró la mamá que era obra de la niña. Mucho la felicitaron por él, así como por el de huevos á a crema que se presentó á los postres; y el papá declaró, en extremo complacido, que la niña que sabe hacer cosas tan bien hechas como aquéllas, merecía un buen premio, y que él á su vez le reservaba una sorpresa para el otro día.

Concluyó la comida de nuestros amigos en medio de la mayor animación y alegría, y después D. Miguel se propuso llevarlos á todos al teatro. Vistiéronse, pues, y marcharon todos á divertirse un poco. Cuando regresaron, muy contentos, buscaron en el sueño el reposo necesario, que más que á nadie hacía falta á Margarita. Pero ésta se acostó dando gracias á Dios, que le había permitido salir airosa y triunfante en las empresas que había acometido aquel día.

Llegó la tarde del siguiente y regresó D. Miguel de su oficina. Doña Matilde y Margarita le esperaban vestidas, pues él había manifestado que tenía necesidad de salir con ellas para un asunto preciso.

Salieron, pues, todos, y después de andar muchas calles, D. Miguel las introdujo en un almacén de pianos, diciendo antes de entrar á su hija:

— Margarita; la niña que cual tú sabe cumplir sus deberes caseros, puede ya muy bien dedicarse con ardor á cuidar de los adornos de su educación. Hasta aquí habrás notado que, sin desanimarte, no te excitaba tampoco mucho al estudio de la música; ahora creo ya llegado el momento de que te ocupes seriamente en tu educación musical. Tu mamá me manifestó hace algún tiempo su sentimiento porque el piano de mesa era ya insuficiente para ti, pues sus escasas pulsación y extensión dificultaban tus progresos en el bello arte. Ahora bien: después de todo que te he visto hacer ayer, considero muy justo proporcionarte otro piano que reuna las condiciones

que tu necesitas: puedes, pues, escoger, entre los que vas á ver, el que más te guste.

Al decir esto, empujó la puerta del almacén de música. Inútil sería describir la alegría de Margarita, y aun la de su mamá por tal cosa, que tanto deseaban ambas. Entraron, pues, en el establecimiento, y esco-



gieron un modesto piano Pleyel, de cuatro mil quinientos reales, el cual adquirieron á plazos mensuales.

Esta fué ia recompensa que el padre dió á su hija por su brillante aprovechamiento de las enseñanzas de su madre. Y creemos excusado decir que Margarita se consideró suficientemente recompensada con la posesión de su lindo piano.





Capítulo XV

HAN transcurrido ya algunos años. Margarita, que es una encantadora joven, tan hermosa como buena, y que á su aplicación y virtudes reúne las mejores disposiciones para dirigir un hogar y hacer la dicha de una familia, ha contraído matrimonio con un notable abogado, hijo del doctor Calvo, y es verdaderamente feliz. Sus padres, que empiezan ya á ser ancianos, tienen la inmensa satisfacción de contemplarla dichosa. Su esposo la ama con delirio, viendo en ella el ángel del hogar, y para que nada falte á su ventura, la Providencia les ha dado una encantadora niña, á la que Margarita inculcará los sanos principios y las enseñanzas que recibió de sus buenos padres y que han hecho de ella un modelo de hijas y de esposas.

Antonio, después de seguir con lucimiento los estudios de segunda enseñanza, se consagró á la Medicina, y ha terminado con gran aprovechamiento esta difícil carrera, que ejerce bajo la protección del doctor Calvo, que le profesa entrañable cariño, y á quien él mira como á un segundo padre. Algunos veranos se reúnen las dos familias en la preciosa quinta en que



Margarita ejerce con mano generosa la caridad.

tan feliz temporada pasaron los niños. Margarita, á quien fué entregada como regalo de boda tan preciosa posesión, destina parte de sus productos á ejercer la caridad, y es bendecida por los habitantes de aquella comarca, porque ha remediado muchos males y mitigado con mano generosa muchos infortunios.

Margarita, lejos de dar al olvido los conocimientos con que su buen papá procuraba enriquecer su inteligencia, los ha perfeccionado, y éste es uno de los secretos de su felicidad, pues su esposo puede así conversar con ella sobre toda clase de asuntos, y esto le hace amarla más y le evita el buscar en amistades, muchas veces peligrosas y falsas, el recreo que puede hallar conversando con su amada esposa.

No olvidéis nunca, queridas niñas, que si es cierto que la principal misión de la mujer es la acertada administración y arreglo del hogar doméstico, no lo es menos que la verdad es compañera de la virtud, así como la ignorancia suele serlo de las preocupaciones y los vicios. No basta amar instintivamente lo bueno; hace falta comprenderlo y razonarlo; y el mejor medio para realizar este fin es el estudio, que constituye una de las más nobles manifestaciones del trabajo.

FIN

24 €





OBRAS PRINCIPALES DE LA CASA

RELIGIOSAS

- 100 Tomos de Flores Celestes.
124 de Devociones escogidas.
25 de Narraciones Bíblicas.
71 de Joyas del Cristiano.
30 de Biblioteca del Perfecto Católico.

Colección de Devocionarios desde 10 céntimos.
AÑO CRISTIANO, cinco tomos de á 1.000 páginas.

DE INSTRUCCIÓN Y DE EDUCACIÓN

- El Pensamiento Infantil..... 5 tomos
Las Niñas..... 3
Método de Primera enseñanza..... 40
Albores de la enseñanza..... 13
Guía de la Primera enseñanza..... 13
Biblioteca de las Escuelas..... 13
El Instructor, por AROCA..... 3
Principios de lectura para niñas..... 3
Biblioteca para Escuelas Normales..... 14

DE RECREO Ó DE PREMIOS

- 220 Tomos de Recreo Infantil.
160 de Cuentos para niños.
36 de Biblioteca de Recreo.
30 de Escolar Recreativa.
25 de Moral Instructiva.
40 de para la Juventud.
30 de Ilustrada.
25 de Enciclopédica.
27 de Perla.
14 de Teatro de la Infancia.
240 de Obras varias.
500 Tarjetas postales, artísticas españolas.

EN PREPARACIÓN:

- 300 Tomos de Juguetes Instructivos.
300 Tomos de Cuentos bonitos.
300 Tomos de Joyas para niños.

Catálogos de obras Religiosas, de Educación, de Recreo, de Industrias Inven-
tivas y de Tarjetas postales.

Se remiten gratis pidiéndolos al editor, S. CALERZA.

05939

05939

05939

05939

05939

05939

05939

05939

05939

05939

05939

05939

05939

05939

05939

05939

05939

05939

05939